

MACA FERREIRA

Regálame tu sonrisa, Mona Lisa



MACA FERREIRA

Regálame
tu sonrisa,
Mohna Lisa 😊

Regálame tu sonrisa, Mona Lisa

Marzo 2023

© Maca Ferreira, 2023

Diseño de portada: Marien Fernández (Adyma Design)

Corrección: Raquel Antúnez (Magia en forma de letras)

Maquetación: Raquel Antúnez

Prohibida la reproducción total o parcial sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, en cualquier medio o procedimiento, bajo las sanciones establecidas por ley.

Índice

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[EPÍLOGO](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

[BIOGRAFÍA](#)

CAPÍTULO 1

Meter la llave en esa cerradura me provocó algo inesperado. Cuando el sonido de los pernos girando inundó aquel espacio diáfano, una contracción se apoderó de mi estómago y no supe identificar el motivo.

Di por hecho que era el resultado de los dos refrescos que me había tomado en las escasas tres horas de viaje, que estaban queriendo salir de alguna manera de mi organismo, y aquello no era más que la antesala de un eructo de las proporciones de la catedral de San Nicolás, por eso de poner un ejemplo acorde a la nueva ciudad que iba a acogerme durante un tiempo indeterminado.

Sin embargo, lo que mi cuerpo intentaba hacerme entender era que aquel instante suponía algo trascendental, importante y significativo.

Era «el momento».

Ese segundo en el que la vida te tiene preparado un giro de la leche, y tú, ajeno a todos sus maquiavélicos planes, das por hecho que son gases y contraes el diafragma esperando a que salgan y su cacofonía te acompañe en tu entrada triunfal.

Si fuese un tío algo más observador quizá me habría dado cuenta de las señales, pues desde que abandoné Costa Serena no habían dejado de sucederse, pero no era así y allí estaba, con mi existencia metida en dos maletas, un cansancio de la hostia y la decisión de estrenar aquel capítulo de mi vida en una nueva ciudad, un nuevo trabajo y una nueva realidad.

Parecía sencillo, no era la primera vez que empezaba de cero y las condiciones que me expuso el tipo que me entrevistó unas semanas atrás no podían ser mejores, aun así, el Leo del futuro se descojonaría en mi cara observándome mientras deshacía las maletas y daba por hecho que aquello me resultaría pan comido.

Me pondría una mano en el hombro y, mirándome condescendiente, me advertiría que me agarrase a lo primero que tuviese a mano, porque el camino que iba a recorrer iba a ser empinado y con unas curvas de vértigo. Curvas espectaculares, como solo el cuerpo de una mujer puede ser, y calientes, como mi mente en su estado natural, pero acojonantes, al fin y al cabo.

Y debí haberlo deducido el lunes siguiente cuando una mano pequeña, pero firme, se enredó en la mía y la apretó en un saludo formal, a la vez que me clavaba una mirada con los ojos más jodidamente preciosos que había visto en mi vida; una mirada que fue directa a mi entrepierna haciendo que esta practicara el saludo militar.

Pero no, no lo hice. No me di cuenta de nada de lo que estaba por venir, y la única explicación que era capaz de dar para ello era que rozaba el *gilipollismo* más profundo y a veces —muchas veces— pensaba con el cerebro equivocado.

Tenía a la maldita tentación hecha carne a tan solo tres palmos de distancia. Durante aquellos días no paré de congraciarme con mi antepasado primigenio: Adán, porque, si aquello que yo estaba padeciendo se asemejaba en algo a lo que él sintió con Eva y la dichosa manzana, no podía más que asentir, prestarle mi hombro y acogerlo entre mis brazos para darle mi más sincero apoyo.

Mi nueva jefa era espectacular. No encontraba palabra que la describiese mejor que aquella. Parecía un ser fantástico sacado a la fuerza de un cuento, a la que habían rociado con una garrafa llenita de algún conjuro para darle una cantidad apabullante de seguridad en sí misma y poseedora de un cuerpo delineado en exclusiva para volverme loco.

Todo en ella me reclamaba porque parecía haber sido creada por el mejor de los artistas,

empeñado en darle vida a un ser único y atractivo, con cada rasgo y detalle moldeándose en un equilibrio perfecto.

Leire era una obra de arte en sí misma, y admitir eso cuando mi nuevo trabajo consistía en pasarme el día rodeado de ellas en un museo era un halago en toda regla.

Si tuviera que analizarla como tal, diría que la simetría y armonía de sus rasgos ensamblaba con maestría sus líneas y formas. La intensidad de su mirada, con unos ojos del color del chocolate fundido, relucía como dos diamantes sometidos al más riguroso proceso de pulido. La profundidad de sus facciones contrastaba con la delicada definición y elegancia de su nariz, y la expresividad de sus labios, con aquel aspecto suave, voluptuoso y algo misterioso, le daba el punto justo de sensualidad.

Vamos, que Leire era la puta hostia y estaba buenísima. Punto.

Y no solo me cautivó su físico. Aquella mujer irradiaba elegancia por cada célula de su cuerpo, el aura que la envolvía la hacía sensualmente enigmática, las escasas sonrisas que me había brindado tenían la mezcla perfecta de dulzura, carácter y misterio, capaz de hacer que no saliese de mi cabeza en ningún momento y, por supuesto, aquella fascinación que comencé a sentir fue creciendo conforme transcurrieron los días.

Me volví adicto a esas horas que pasábamos encerrados en su despacho, en las que ella movía los labios, empeñada en hacerme entender el funcionamiento del lugar y de mi nuevo puesto, y mentiría si dijera que presté atención a todo lo que me explicó.

Mi mente calenturienta no paraba de imaginarnos juntos y recrear cómo aquella boca hecha para el pecado gritaba de placer mientras me hundía en su cuerpo era algo que me asaltaba con fuerza cada puñetero día.

Aquello era una tortura en toda regla. Debía de haber sido un ser horrible en mi anterior vida para merecer semejante tormento.

Y sí, admito que en esas dos semanas batí un récord personal, uno que no había sido nada desdeñable cuando de adolescente me metía en el baño y ponía a trabajar los músculos de mi brazo derecho.

La ciencia podía confirmar conmigo que descendíamos de los primates, porque en aquel momento era lo más parecido a un mono en su recién estrenada madurez sexual. Por eso mismo, cuando aquel primer viernes de noviembre Leire me hizo la propuesta de mi vida, ni lo dudé.

—Se nos ha hecho tarde —comentó ella al empezar a recoger sus pertenencias de la mesa y apagar el ordenador. Yo me estiré en la silla e hice crujir mi cuello moviéndolo de un lado para el otro—. ¿Tienes planes para cenar esta noche?

Mis orejas se pusieron en guardia al registrar lo que me acababa de preguntar y la miré mientras me ponía en pie.

—Si ver *Juego de Tronos* y pedir comida a domicilio se puede considerar un plan, entonces sí. ¿Por qué? ¿Te quieres unir?

Leire me miró con una de sus delineadas cejas elevada en una curva imposible. Sentí sus ojos recorrer mi cuerpo e incendiar todo a su paso.

—¿Has ido alguna vez a Templo? —Negué con la cabeza sabiendo que se refería al sitio del que todos mis compañeros hablaban—. Pues vamos.

—No hace falta que te molestes, Leire. Imagino que tendrás mejores cosas que hacer un viernes por la noche que comer con un pelirrojo forastero.

Conforme hablábamos nos habíamos ido moviendo por el despacho, por lo que en aquel momento nos encontrábamos en la puerta, dispuestos a salir.

Ella se volvió hacia mí, elevó su cara y conectó con mis ojos. Los suyos tenían un claro

objetivo: derretirme.

—Seguro que sabes compensarme después, por ejemplo, en tu cama.

En aquel momento creí que estaba alucinando, algo así no podía estar pasándome a mí. Yo jamás —repito: jamás— había tenido aquella puñetera suerte.

Reconozco que me achanté un poco, nunca me había topado con una mujer como Leire. Su seguridad y arrojo a la hora de hablar y actuar a veces me desarmaba y me dejaba con cara de subnormal.

Bueno, y puede que también tuviese algo que ver el apretón que le dio a mi polla por encima de los pantalones, apoyando sus palabras, por si estas no fueron lo suficiente esclarecedoras.

Después de aquello, me pasé las siguientes horas empalmado como un gilipollas, tanto que tuve que encargarme de la situación antes de que mis huevos estallasen como un par de globos estirados por la presión de un exceso de aire.

Sin embargo, aquella efímera calma no me sirvió de nada, pues, cuando la esperaba en la puerta de su piso, mi soldado seguía en pie de guerra y dispuesto a librar la más ardua de las batallas como el más entrenado miembro del batallón.

Con lo que no contaba era con que Leire se había propuesto desarmarme a golpe de sorpresas.

Los cuarentaitrés minutos sentados en una de las esquinas del interior de aquel espacio elegante y sofisticado se evaporaron de mi cerebro cuando su pequeña mano reptó por el lateral de mi muslo con un claro objetivo.

De mi mente se esfumó la sensación de calidez del ambiente, lo acogedor del lugar, la iluminación suave que destacaba los detalles arquitectónicos, como los techos altos y las columnas de piedra, así como dejé de prestar atención a la atmósfera relajada y tranquila que parecía flotar a nuestro alrededor.

Todo eso me dio igual, porque, cuando sus dedos se afanaron en abrirme la cremallera y mi guerrero saltó más que dispuesto al sentirse libre de mi ropa interior, solo pude dedicar media neurona a estar pendiente de no ponerme a gruñir como un animal en celo que olisquea a su hembra y hacer la mejor actuación de mi vida, disimulando para no alertar al personal del restaurante sobre lo que allí ocurría.

—¿Quieres postre? —me preguntó como si aquello no fuese con ella, como si no hubiésemos estado comiéndonos con la mirada y como si su mano no estuviese ordeñándome como la más experta vaquera.

—Leire...

—¿Ya no soy «jefa»? —cuestionó con un deje de burla acompañándolo de un giro de la muñeca—. Admito que me gusta que me llames así.

—Por Dios...

Tuve que cerrar los ojos y apoyar la boca sobre mi puño, intentando serenarme. Si seguía entregándose a la causa con aquel ahínco iba a hacerle un bonito estampado a la parte inferior de aquella mesa, y dudaba que al personal de aquel sitio le agradase la idea.

—¿Quieres postre? —repitió la muy malvada sin cambiar el rictus frío y maquiavélico de sus labios.

Giré la cabeza y la observé. Sus ojos me escrutaban brillantes y entrecerrados, sin embargo, supe que no era indiferente a lo que allí ocurría. Se mordió el labio inferior y la visión de su lengua recorriéndolo acto seguido fue más de lo que pude soportar.

Llevé mi mano hasta mi polla, donde ella se entretenía subiéndola y bajándola la suya alrededor de mi carne, y la detuve justo a tiempo de no acabar haciendo el ridículo.

—Soy de comerme el postre en la cama.

Leire compuso un gesto satisfecho y me dedicó una última caricia antes de soltar su agarre y darle un trago a su copa.

—Espero que no la cagues, Leonardo. No he hecho algo así nunca y no quiero arrepentirme. Yo fruncí el ceño.

—¿Cómo?

—Jamás mezclo trabajo con placer —aclaró mirándome impasible.

Una sonrisa de suficiencia curvó mis labios y una sensación de orgullo primitivo y algo animal ensanchó mi pecho.

—Vaya, me siento halagado, jefa.

—Pues no lo hagas —me cortó—. No hasta que me demuestres si de verdad ha merecido la pena arriesgarme contigo.

Solté una risotada cargada de seguridad en mí mismo.

—Lo haré, puedes estar segura.

Y me dejé la piel en complacerla. Literalmente.

Me maravillé al ver cómo disfrutaba, receptiva y sin complejos. Le di las gracias a todos los dioses conocidos por haberla puesto en mi camino cuando, en el tercer asalto, se subió a mis caderas y me cabalgó como si una manada de lobos corriese detrás de ella y le fuese la vida en aquello. Y me acordé de todos y cada uno de sus antepasados cuando al día siguiente tuve que embadurnarme mi dolorido pene en cremita y concederle la baja laboral durante unas cuantas horas.

Fui el motivo de risas de mi mejor amiga, Alicia, cuando hablamos ese día y, aun con todo eso, sentía que en el fondo había merecido la pena, pues, si me guiaba por el mensaje que me envió Leire, había cumplido sus expectativas.

—Bien hecho, chico —le dije a mi soldado convaleciente.

Respiré hondo cuando lo sentí tensarse y unos pinchazos de dolor me encogieron en el sofá. Necesitaba calmarme, pero mi cerebro iba por libre y no dejaba de traer a mi memoria cada maldito gesto y gemido de mi nueva debilidad con cuerpo de diosa.

Aquella fue mi bienvenida a Alicante, una bienvenida de la leche, aunque lo que no sabía era la forma en la que se iba a reír de mí la mujer que manejaba los hilos de toda aquella locura que era mi vida, porque no me cabía duda de que esos giros del destino solo podían ser obra de una fémina con una mente maquiavélica.

CAPÍTULO 2

Siete semanas y media.

Ese fue el tiempo que transcurrió hasta que tuvimos nuestra primera discusión.

Menos de dos meses desde que comenzamos nuestra extraña relación en la que solo teníamos permitido involucrar a nuestros cuerpos, que ya tenían tomada la medida del otro de tantas veces como habíamos follado, y ya estábamos peleando.

Y todo porque rompí una de las absurdas normas de la lista que ella había redactado.

Una vez más, debía haber hecho caso a las señales. No lo hice, obviamente.

El lunes siguiente a nuestro primer y acalorado encuentro, nada más entrar en su despacho, dispuesto a continuar con aquella tortura y deseando utilizar cada superficie de la sala para hacerla gemir, Leire me tendió un folio en el que había escritas unas cuantas frases.

Cuando lo leí me pareció una broma, aunque cuando la miré y ella me pidió que lo firmara deduje que iba en serio.

—Solo si quieres que lo del viernes se repita, por supuesto —me aclaró.

Y, «por supuesto», estampé mi firma sin titubeos.

Poco me importó aquel inventario de cosas que se nos permitía o no hacer, como mantener en secreto lo nuestro en el trabajo, no hablar sobre temas personales entre nosotros o no subir jamás a su piso, entre otros.

Me importó un carajo todo aquello, ya que, de nuevo, pensaba con el cerebro equivocado.

No me paré a meditarlo, mi objetivo se cumplía con creces cada día gracias a que ella parecía no saciarse nunca.

No me había visto en otra igual.

Lo curioso fue que, poco a poco, Leire empezó a infringir algunas de sus propias y absurdas reglas y, cuando lo hacía, siempre alegaba lo mismo:

—Tú tienes la culpa.

Al principio me lo tomaba como algo positivo e incluso la miraba pagado de mí mismo. Ella tan solo elevaba esa ceja esculpida por los dioses y ladeaba un poco los labios, privándome de verla sonreír por completo.

Aun así, me vanagloriaba de conseguir que perdiese los papeles de una manera tan eficaz y certera.

El día que más me sorprendió fue cuando me contó que tenía un hijo.

Ella se concentraba en recuperar la respiración y calmar los temblores que nuestro encuentro había provocado en sus piernas. Se aferraba al lavabo del baño para el personal del museo cuando su teléfono se iluminó, y ambos pudimos leer: «Iria, niñera».

No supe por qué lo hizo, yo no pregunté, sin embargo, al colgar atisé un pequeño agujero en aquel ancho y robusto muro que erigía a su alrededor.

Me permitió asomarme un poco, solo un poquito. Lo suficiente para hacer que me pillase algo más por ella y apreciase con mayor claridad esas grietas que no permitía ver a nadie y que yo ya intuía que estaban allí.

No obstante, la manera en la que Leire me miró unos días después cuando, sin pensar, le dije que la extrañaría durante esas Navidades, me debería haber resultado pista suficiente para lo que vendría después.

Pero es que lo decía de verdad.

Iba a echar de menos esos ratos en el despacho, los asaltos que lo mismo duraban unos efímeros, aunque placenteros minutos, escondidos en cualquier rincón del museo, como horas y horas en mi cama.

¿Qué hombre no lo haría?

Aunque creo que la desarmé del todo cuando, al incorporarme de nuevo al trabajo tras el descanso por las fiestas navideñas, le di aquel par de regalos y le pedí que los abriese al llegar a casa.

Ella tan solo me miró durante unos segundos justo antes de abalanzarse sobre mi boca y devorarme en el más amplio sentido de la palabra.

Lo tomé como una buena señal y lo confirmé cuando horas después me llamó.

—¿Ya necesitas de mis servicios? —bromeé.

Leire se mantuvo en silencio tanto rato que hasta llegué a mirar la pantalla para ver si la llamada se había cortado.

Me disponía a hablar de nuevo cuando la escuché murmurar:

—Gracias.

Mi sonrisa se ensanchó y mis ojos brillaron por la emoción.

—No hay de qué, ¿te queda bien?

—Sí —dijo sin titubeos—. Es muy bonito.

Muy a su pesar, no solo la había empezado a conocer en el plano físico, también había aprendido a interpretar sus respuestas, y supe que algo ocurría.

—¿Qué te pasa?

Volvió a hacerse el silencio en la línea y, cuando habló, su respuesta se me coló muy dentro.

—César me ha pedido que le dé las gracias al duende de la Navidad que ha dejado un regalo para él en el museo. Le ha encantado.

—Me alegro mucho.

—Leo.

—Dime.

—Gracias. De verdad.

No me dio opción a responder. Sencillamente colgó, y yo me quedé observando el teléfono con cara de pardillo durante un buen rato, rememorando la conversación e imaginándomela.

Una palabra se repetía una y otra vez en mi mente.

Un nuevo destello de su realidad.

Otra de sus reglas rotas.

César.

El hijo de la mujer de la que me estaba pillando como un jodido imbécil se llamaba César.

Y yo no pude más que sonreír.

CAPÍTULO 3

—¿Qué demonios haces aquí?

Los ojos de Leire echaban chispas desde el otro lado de la puerta, a la que se agarraba con fuerza.

—Hola a ti también.

—No puedes venir a mi casa.

—Sí que puedo, estoy aquí —evidencié elevando las manos—. ¡Charáán!

—No eres normal —soltó sin elevar la voz.

—¿Puedo entrar?

—No.

—¿Es en serio?

La miré alucinado por la vehemencia de su respuesta. No había dudado ni un segundo.

Vale, admitía que, una vez más, me había pasado por los santos cojones otra de sus reglas, sin embargo, en ninguna de las anteriores ocasiones había actuado de una manera tan hostil.

Enderecé la espalda dejando a un lado la postura despreocupada que había mantenido desde que subí en el ascensor. La observé allí plantada, sin maquillaje, con un pijama que tenía pinta de ser suave de la hostia y descalza.

Ella no se achantó ni un poquito ante mi escrutinio. Parecía darle igual todo aquello, incluidos los más de veinte centímetros de diferencia que nos separaban. Quizás eran algunos más si teníamos en cuenta que no estaba subida en unos de esos tacones de infarto que solía clavar con entusiasmo en mi trasero cuando echábamos un polvo tras otro.

Todas aquellas diferencias, que a cualquier otra persona podrían haber amedrentado, a ella no le afectaron lo más mínimo.

—Vete, Leo.

—No —me negué imitando su seguridad al responder—. No hasta que me digas que todo está bien.

Leire frunció el ceño y movió la cabeza en un gesto de frustración.

—Todo está bien. Ahora vete.

Detuve el movimiento de su mano sobre la puerta un instante antes de que esta se cerrase. Me acerqué a ella sin poder remediarlo y su olor se me coló por las fosas nasales.

—Leire...

Sabía que detrás de aquella fachada de chica dura, algo fría y segura de sí misma, había mucho más, solo que a veces me costaba quitarle el disfraz.

—¿Qué es lo que quieres, Leo? —preguntó con tono cansado. Gracias a mi insistencia había conseguido soltar una de las gomillas de la máscara y contuve una sonrisa victoriosa—. Lo podríamos haber hablado mañana en el trabajo. O, mejor, podrías haber creído lo que te dije antes de marcharnos. No me importa que esa chica se quede en tu casa. Eres libre de hacer lo que quieras, al igual que yo, ya lo sabes.

—Alicia es como mi hermana.

—Y me parece estupendo, ¿piensas que estoy celosa o algo así? —inquirió con un tono que intentó hacerme daño, aunque no lo consiguió—. Estoy demasiado bien sola como para complicarme la vida, créeme.

—Pues déjame que te diga que se te escapó una bonita cara de asco cuando te lo dije.

—Me pillaste por sorpresa, eso es todo.

Ella se cruzó de brazos, y yo me apoyé en el marco de la puerta.

No sabía qué pasaba por su mente, pero esa tarde, cuando un poco antes de marcharnos le había explicado que Alicia vendría a Alicante y estaría unos días en mi casa, su rostro me dejó claro que la noticia no le había gustado, aunque no tuve tiempo de averiguar nada más antes de que se fuese a su piso.

Y por eso mismo estaba allí, porque no pensaba pasarme todo el fin de semana comiéndome la cabeza con el tema.

—¿Puedo entrar para hablarlo, por favor?

—No —volvió a negarse—. No puedes, Leo. César está dormido.

Reconocía con algo de vergüenza que me había olvidado momentáneamente de ese pequeño detalle de cuatro años que tenía en su vida, pero fue mencionarlo y entender su hostilidad.

En otras ocasiones eso le habría servido. Creo que Leire era consciente de que, cuando lo nombraba, su simple mención parecía obrar magia en mí. No obstante, intenté no flaquear en ese momento y me concentré en nosotros.

Decidí combatir su negativa con la única arma que parecía tener permitido blandir contra ella e inicié mi estrategia.

—Está bien, me marchó.

—Gracias por entenderlo. Hasta mañana.

—¿Ni siquiera me vas a dar un beso? —Retomé mi tono habitual—. Es lo mínimo que se despacha, ¿no?

Ella suspiró y puso una mano en mi pecho, empujándome y haciendo que diese un par de pasos atrás hasta invadir el rellano. Encajó la puerta tras de sí, sin llegar a cerrarla del todo.

Tan solo me dio tiempo a ver el amago de sonrisa que comenzó a dibujar en sus labios cuando la luz de la escalera se apagó.

—No. —La detuve al ver su intención de presionar el botón.

Aquella oscuridad era una novedad para ambos. Siempre que estábamos juntos, con ropa o sin ella, la luz permanecía encendida. Eso me había dado la ventaja de poder observarla a placer mientras se contoneaba contra mi cuerpo, dejando cada mueca y cada gesto expuesto. Sin embargo, en aquel instante tan solo la aferré por la nuca y uní mi boca a la de ella, permitiéndome sentirla de una forma diferente.

El cuerpo de Leire, que al principio se había mantenido rígido y algo forzado, comenzó a responder cuando rocé su lengua con la mía.

Mis manos se aferraron a sus caderas y la pegué a mí, a mi cuerpo en tensión y despierto, a mi boca hambrienta. El suspiro que dejó escapar de sus carnosos labios fue señal suficiente para avanzar un poco más.

Sin pensar realmente en lo que hacía ni dónde nos encontrábamos, la agarré con entusiasmo por el culo y la levanté, provocando que ella me rodease con las piernas.

La punta de mi erección presionó con entusiasmo hacia arriba. Ella, con las manos en mi nuca, aferró mi pelo y tiró hacia un lado, dándole un nuevo ángulo al beso y permitiéndonos ahondar más en la boca del otro.

Ambos lo estábamos disfrutando, los sonidos de su garganta así me lo hacían saber, sin embargo, tras unos minutos mis brazos comenzaron a resentirse. Fede, el cuñado de mi amiga Alicia, habría negado con la cabeza al ver mi debilidad y me habría castigado con un circuito completo en su centro de entrenamiento.

Yo habría llorado.

Vale, era consciente de que no estaba en la mejor forma física, aunque desde que conocí a Leire me había sometido a un entrenamiento inesperado, ejercitando músculos que llevaban años adormecidos.

Con algo de pesar supe que no podría mantener la postura mucho más tiempo, así que me desplacé sin separarme ni un milímetro de su boca y la apoyé contra la pared para descargar parte del peso que cargaban mis extremidades, que habían comenzado a temblar de manera ridícula.

De forma inesperada, la luz se enroscó alrededor de nuestros cuerpos unidos y parpadeé algo aturdido. Leire separó nuestras cabezas tirando de nuevo de mi pelo hacia atrás y eso me permitió observarla con la respiración acelerada. La de ella era un fiel reflejo de la mía.

—Me vuelves loco —admití a la vez que el sonido del ascensor inundó el rellano.

Sus ojos brillaron de un modo delicioso cuando pronunció unas palabras que me sonaron a música celestial.

—Yo sí que debo de estar loca. —Me dio un fugaz beso. Un solo roce de labios que me dejó sediento de más—. Vamos dentro.

Y podía confirmar que puso todo su empeño en saciar mi sed.

CAPÍTULO 4

Cuando Alicia se instaló en mi casa yo tenía un lío mental de la leche.

Por un lado, mi relación con Leire era extraña a la par que adictiva. Lo que comenzó siendo una fascinación se había ido convirtiendo en algo más difícil de explicar y complicado de sentir.

Pude desahogarme con mi amiga y eso descargó un poco el peso que sentía presionando mis hombros, aunque no hubo mucho que pudiese contarle más allá de que era una situación complicada, que Leire no quería involucrarse demasiado y que tenía un hijo.

Tampoco quise abrumentarla con mi propia historia, pues ella estaba viviendo su particular cruzada y, de hecho, había realizado aquel viaje para tomar distancia y perspectiva, y valorar algunos sucesos de su relación.

Lo que ella no sabía era que su chico le tenía preparada una sorpresa y que me había elegido a mí como su cómplice.

Por mi parte, no quería que aquello que tenía con Leire se convirtiese en algo tóxico, porque creía que lo que podíamos llegar a ser juntos, si nos lo permitíamos o más bien si ella se lo permitía, podía ser la hostia. Aunque mi jefa parecía que no estaba dispuesta a pasar del plano físico y no sabía cómo me hacía sentir eso en realidad.

Que conste que no me quejaba.

Follar con Leire era como sentirte en la cima de la puñetera octava maravilla del mundo, pero quería entrar en ella no solo de forma literal, sino también a unos niveles que ella no parecía dispuesta a permitir y que yo ni me había planteado hasta entonces.

Sin embargo, aquella noche que accedió a que entrara en su piso por primera vez, pude atisbar un pequeño resquicio de cómo sería avanzar y profundizar entre nosotros. Tuve frente a mí a una Leire más humana, menos fría y distante, y lo que vi me gustó tanto que lamenté haber irrumpido en su puerta e insistir hasta entrar, porque me gustó todavía más y eso resultaba un problema cuando, por la otra parte, no era del todo recíproco.

Quería saber el motivo por el que se distanciaba de aquella forma, necesitaba que me revelase qué escondían sus miradas y, sobre todo, esperaba que quisiera conocerme de la misma manera. Que quisiera ahondar en lo nuestro.

—No puedes quedarte a dormir —susurró con la barbilla apoyada sobre mi pecho al mismo tiempo que jugueteaba con los escasos vellos anaranjados que lo poblaban. Yo intentaba recuperarme del último asalto.

—Vale.

—César se suele levantar varias veces en la noche.

—Le puedes explicar que te estás beneficiando al duende navideño que le dejó el regalo en el museo como agradecimiento. —Mis labios se curvaron e hice un mohín seductor que resultó más cómico que otra cosa.

Ella me regaló una preciosa sonrisa.

—Uno algo crecido, ¿no crees?

—No parece que a su madre le desagrade mi tamaño. —Con la mano que no tenía bajo mi cabeza acaricié su labio inferior, y ella hizo el amago de morderme.

Elevó una ceja, aunque la sonrisa no se fue de su boca.

—¿Quién lo iba a decir? Parece que los duendes pelirrojos, con el pelo largo y pinta de macarrilla de tres al cuarto, son mi perdición.

—¿Macarrilla de tres al cuarto? —Me moví con rapidez y la arrastré conmigo, atrapándola bajo mi cuerpo—. Eso no me lo dices a la cara.

—A la cara y donde haga falta —rebatí y apresó mi labio con sus dientes—. Esos tatuajes de tus brazos no me engañan, ¿sabes?

—¿Y qué se supone que tendrían que hacerte creer?

—Que eres un tipo duro.

—¿No lo soy? —Presioné mis caderas, y mi erección, orgullosa y ofendida a partes iguales, se clavó con determinación en su entrepierna—. Me tienes todo el puñetero día así, incluso cuando no estoy contigo.

—No me digas, ¿sí?

—Parece que te gusta saber que me paso día y noche empalmado por tu culpa.

Ella sonrió con suficiencia.

—Así es, me gusta.

—¿Y qué más lo hace? —Con mi lengua seguí el camino de su cuello hasta el lóbulo de su oreja—. Vamos, regálame un poquito los oídos para que cuando me vaya a casa y me mate a pajas pensando en ti tenga material del que tirar.

La carcajada baja que emitió su garganta me resultó deliciosa.

—¿Te matas a pajas?

—No te desvíes del tema —la amonesté—. Lo que yo haga con mi mano es confidencial, queda entre ella y yo. La tengo muy bien entrenada y se llevará esa información a la tumba.

—Si quisiera podría hacerla cantar.

—Y se te daría de puta madre, estoy seguro.

—La mía también tiene alguna historia que callar desde que te conozco.

La miré con renovado interés y me separé unos centímetros de su cuerpo.

—Eso necesito saberlo. Ni se te ocurra escatimar en detalles. ¿Piensas en cierto subordinado tuyo, guapo, listo y entregado cuando te tocas?

—¿Te refieres a Tomás?

Leire volvió a reír cuando, con gesto fingidamente ofendido, le mordí uno de los pezones.

—Él no podría seguirte el ritmo, jefa —alegué, justificando a aquel señor que rozaba la jubilación y que trabajaba con nosotros en el museo—. Eres una adicta al sexo y eso solo puede aguantarlo alguien como tú. Soy tu complemento perfecto.

—No te vengas tan arriba.

—También sé que ocultas muchas cosas tras tu sonrisa de Mona Lisa, y la casualidad ha hecho que te topes con un tío que se llama Leonardo, así que tan solo hay que saber un poco de historia y de matemáticas básicas para ver el resultado que va a tener todo esto.

—¿Me estás comparando con el cuadro más famoso del mundo?

—Efectivamente.

—Estás como un cencerro —alegó divertida.

—Sí, y también soy adicto a ti.

Leire se movió e hizo que me tumbara de espaldas en la cama.

Cuando me acomodé, ella me miró y, justo antes de subirse encima de mi cuerpo y abrir las piernas sobre mi cara, me guiñó un ojo.

—Muéstreme cómo de fuerte es su adicción, maestro.

CAPÍTULO 5

Sabía que lo que estaba a punto de hacer era de mal gusto e incluso rastrero, y no me enorgullecía de ello.

Utilizar el método de chantaje que rondaba mi mente jamás había formado parte de mi manera de actuar, de hecho, hasta lo habría censurado en cualquier otro momento de mi vida, pero estaba desesperado.

Ya no sabía cómo conseguir que Leire accediese a mi petición, la muy cabezota se empeñaba en negarse una y otra vez.

—Más —exigió en un susurro—. Más fuerte.

Yo jadeé y redoblé el ritmo, impulsando mis caderas con toda la potencia de mi cuerpo. Eché la cabeza hacia atrás y cerré los ojos por un momento, gruñendo en el proceso.

No podía dejarme llevar ni permitir que ella se corriese. Aún no.

—Leire...

—Jefa —me corrigió, y yo sonreí a duras penas.

Abrí los ojos y me concentré en la visión que tenía ante ellos, en la figura de aquella mujer desnuda, con el trasero expuesto y aferrada a la mesa en la que habíamos estado trabajando con todo el equipo hasta hacía unos minutos.

Su cabeza se movía con el vaivén de mis embestidas y su pelo oscuro caía sobre la superficie caoba reclamando mi atención.

Llevé mi mano hasta allí y aferré un buen mechón en mi puño. Tiré hacia atrás, y ella se enderezó con una queja, incorporándose. Con el otro brazo la agarré por la cintura y la alcé lo suficiente como para no tener que salirme de ella.

Pegué mi pecho a su espalda y mordí la parte superior de su oreja. No dejé de embestirla mientras ella se asía a mi cuello, echando ambos brazos hacia atrás, lo que provocó que sus gloriosas tetas se elevasen.

No pude resistirme a ellas.

Abrí el agarre sobre su pelo, llevé la mano hasta allí y la llené con su carne.

Ella se contuvo para no gemir más fuerte de la cuenta y alertar con ello a alguno de nuestros compañeros. Yo dominé mis instintos e intenté concentrarme en lo que quería hacer.

Cuando sentí que una de sus manos se desprendía de mi nuca deduje a dónde la iba a llevar. La intercepté un segundo antes de que tomase contacto con su propio clítoris, buscando el alivio que yo le estaba negando.

—No —murmuré.

Ella forcejeó contra la presión que mi mano ejercía sobre la suya.

—Suelta.

—¿Quieres correrte? —Asintió e inspiré hondo, rezando para que aquello saliese bien y no terminase cortándome el nardo con el cúter, tal y como lo haría un jardinero en primavera—. Dime que vendrás conmigo a Costa Serena.

—Vamos, Leo. No me jodas.

Intentó separarse de mí y no lo consiguió, ya que su cuerpo estaba entre la mesa y el mío. Si no me movía, ella no saldría de allí con facilidad, y yo no tenía pensamiento de desistir tan pronto.

—Ven conmigo —le rogué una vez más, en un tono patético y siendo consciente de que me

la estaba jugando.

Ella negó con la cabeza.

Muy a mi pesar me detuve, salí de su cuerpo y la giré entre mis brazos, sentándola en la mesa como haría con un niño pequeño.

—Esto no tiene ni puta gracia, Leo.

Sus ojos emanaban hostilidad, y me acojoné un poco. Dejó caer los brazos laxos a cada lado de su cuerpo y, con aparente indiferencia, me observó mientras yo aferraba sus mejillas con mis manos y la hacía mirarme a los ojos.

—¿Por qué no quieres venir?

—Ya te lo he dicho, ¿qué pinto yo allí?

—Te vendría bien cambiar un poco de aires.

—Y ¿qué sugieres? ¿Llevo a César a una perrera? —preguntó irónica—. ¿O lo dejo en casa y que vaya practicando para cuando se independice en un mínimo de catorce años?

Suspiré. No era la primera vez que manteníamos esa conversación y siempre terminaba igual: mal.

No obstante, necesitaba intentarlo una vez más. Solo una.

Total, ¿qué podía perder?

—Alicia quiere conocerte, esa familia es parte de mi vida, y tú también lo eres, Leire.

—No digas tonterías, por favor —contestó a la defensiva.

El hecho de encontrarse como su madre la trajo al mundo sobre la mesa no le restó ni un ápice de orgullo.

—No las digo —rebatí serio—. Si no fuese importante para mí no te lo habría ni planteado, créeme. No es fácil lidiar contigo cabreada y sé que cada vez que te hablo de este tema despierto lo peor de ti.

—Pues no lo saques.

Suspiré y la observé rendido.

—¿Tan difícil te resulta ceder en esto? ¿Ceder por mí?

Aquella pregunta pareció afectarla de un modo que no me esperaba. Sus ojos se volvieron acuosos y, por primera vez, supe que rehuía mi mirada por miedo a que viese algo que no quería dejar salir en mi presencia y que en aquel momento no entendía.

—No.

—Leire...

Se bajó de la mesa sin una pizca de la seguridad que habitualmente desprendía en sus movimientos y recogió su ropa interior del suelo. Yo presté atención a cada uno de sus gestos sin sentirme capaz de emitir una sola palabra más.

Era consciente de que había tensado demasiado la cuerda y la respuesta a la pregunta que me hice un momento antes sobre qué podía perder desfilaba ante mis ojos.

La iba a perder a ella.

Permanecí estoico mientras se vestía cuando en el fondo me sentía como la peor escoria del mundo. Mi insistencia había provocado aquello, yo solito me lo había buscado y no podía reclamarle nada.

En un último ademán Leire se recolocó el pelo sobre los hombros y, solo entonces, se volvió para mirarme.

Supe que aquellas serían las últimas palabras que me dedicaría en el plano personal. Di por hecho que lo que fuese que teníamos había terminado, y rogué para que mi trabajo no se viese comprometido y aquello me privase totalmente de su compañía, aunque lo dudaba.

Ya podía ir actualizando mi currículum.

—No soy el ogro que todos dicen que soy, ¿sabes?

—Lo sé.

—Tener el cargo que tengo con treinta y cinco años me ha costado lo mío y no me importa que los demás me vean así, prefiero que me teman a que no me tomen en serio. Sin embargo, contigo jamás me he sentido así —admitió sin dejar de mirarme—. Nunca me has mirado con temor a mis réplicas o te han achantado mis exigencias.

—Bueno, alguna vez sí que me has acoj...

—Iré a Costa Serena contigo —me interrumpió, y mis palabras cesaron en el acto. La observé sin entender nada, y ella leyó el desconcierto en mis ojos—. Antes me has preguntado si me resultaría complicado ceder por ti. Mi respuesta es no. Por ti no es difícil hacerlo, pero sí que lo es por mí. Mi situación personal es complicada, Leo.

—Ya lo sé —contesté en un hilo de voz a la vez que soltaba el aire que había estado reteniendo.

En el fondo no sabía nada. No entendía el giro que había dado la conversación, no sabía si al final íbamos a ir juntos, si me estaba dando la patada o si tenía que recoger mis cosas y abandonar el edificio.

Ella pareció leérmelo en el gesto.

—No te dije toda la verdad. No estoy sola con César. Mi marido se...

Mis ojos se abrieron y la interrumpí con un exabrupto. Aquella palabra me rasgó de arriba abajo y la tensión del momento hizo el resto.

—¿Qué? —mascullé—. ¿Marido? ¿De qué cojones me estás hablando, Leire? Te pregunté por ello aquella primera noche en el restaurante. Me dijiste que no tenías pareja, que eras libre, ¿y ahora me vienes con un marido?

Ella negó con la cabeza y se acercó un paso a mí.

Retrocedí instintivamente.

—Es mi ex, Leo. Ya no estamos juntos —aclaró con las palmas de las manos vueltas hacia mí en un gesto pacífico.

Aquello no me tranquilizó en absoluto.

—Entonces, ¿por qué lo mencionas ahora?

—Porque mi realidad es una puta complicación tras otra y lo que menos quería era continuar enredándola contigo —soltó con desesperación. Dio de nuevo un paso hacia mí, y esa vez no reculé, por lo que ella lo aprovechó para agarrar mis manos—. ¿De verdad es importante para ti que te acompañe?

Su tono me hizo querer besarla.

—Sí. Lo es.

—Pues iré contigo.

—No quiero que lo hagas obligada, Leire —susurré—. Lo de antes ha estado fuera de lugar. No tendría que haber insistido y mucho menos mientras follábamos.

—Iré contigo, Leo —repitió y me instó a agachar la cabeza hacia la suya—. Lo haré. Solo déjame organizarlo todo para saber que César estará bien.

—Podemos llevárnoslo.

Ella negó en un gesto casi imperceptible y supe que no era el momento. ¿De qué me extrañaba? No conocía siquiera al crío.

—Aún no.

Ese «aún» me dio unas alas inmensas y una sonrisa se abrió paso en mis labios sin poder

contenerla.

—¿Vas a venir conmigo de verdad?

—De verdad.

Sus ojos se achicaron cuando me devolvió el gesto y nos besamos con una dulzura poco propia en nosotros.

En ese momento mi mente no pensó en otra cosa que en el hecho de que no la había perdido y encima tenía como premio aquel viaje junto a ella.

Quizá otro hombre más avisado se habría hecho preguntas que le hubiesen ayudado a no pegarse la mayor hostia de su vida; puede que apartar a un lado lo que dejaba entrever con sus palabras no fuese del todo coherente, sin embargo, fue exactamente lo que hice y, aunque hoy en día soy feliz con el resultado, admito que podríamos haberlo hecho mejor.

Pero, como dice el poema, «se hace camino al andar».

CAPÍTULO 6

Aparqué el coche y me giré para mirar a Leire. Hacía un buen rato que se mantenía callada, para ser exacto desde que dejamos el equipaje en el hotel.

—¿Preparada?

Pareció ser consciente de que habíamos llegado justo en ese momento, pero no indagué sobre dónde se había encontrado su mente hasta entonces.

—¿Es aquí? —Señaló con la cabeza una vivienda del otro lado de la calle, y negué con un gesto, apuntando con mi dedo hacia su espalda.

Ella se giró en el asiento, por lo que me perdí su expresión.

—Alicia vive en ese anexo.

—¿El que parece un garaje?

—El que «es» un garaje —la corregí—. O al menos lo era al principio. Ahora es un apartamento.

—¿Y quién vive en la casa?

—Estrella y Fede con sus siete hijos. —Leire se giró, elevó ambas cejas y me observó, esperando una explicación algo más detallada—. Estrella es la hermana mayor de Alicia. Fede es su insufrible, aunque encantador, marido, y los niños... ¿Quieres que te diga sus nombres? Sé que tienes buena memoria, pero son muchos. A veces parece que salen de debajo de las piedras.

—De momento no —contestó contrariada—. ¿Te llevas mal con él?

—¿Con Fede? La verdad es que no, pero nos gusta tocarnos los cojones mutuamente. Ya lo comprobarás por ti misma, me imagino. ¿Vamos dentro?

Agarré la maneta del vehículo y sentí su mano aferrar mi brazo.

—Leo.

Me giré y, al mirarla, supe que no se sentía del todo preparada para aquello.

—¿Qué pasa? —Acerqué mi cuerpo a su asiento hasta dejar mi boca a escasos centímetros de la de ella—. ¿Se te ha ocurrido alguna tarea que tenga que desempeñar antes de entrar, jefa?

Soltó una pequeña risa que aligeró en cierto modo el ambiente.

—No. Ninguna.

—Pues yo sí que exijo una por tu parte.

—Ah, ¿sí?

Asentí.

—Un beso. Es lo mínimo que se despacha, ¿no?

Leire sonrió, y yo me enamoré un poco más de ella con aquel gesto tan natural.

—No tienes remedio —se quejó justo antes de besarme y se separó más rápido de lo que yo hubiese querido—. Anda, vamos o no saldremos del coche nunca.

—Uhm... —Moví ambas cejas, interesado de verdad, y compuse un tono de voz cómicamente seductor—. Sé que soy irresistible, muñeca.

La palma de su mano se apoyó en mi cara y me empujó hacia atrás escondiendo una sonrisa. Dejé escapar una carcajada y así, con camaradería, nos bajamos del coche y enfilamos el camino hacia la puerta.

Escuché algo de música suave en el interior y el sonido de las voces de Alicia y Adriel escapando por una de las ventanas abiertas. Toqué con los nudillos sobre la puerta.

—Espero que estéis visibles... —canturreé, y Leire me dio un codazo, negando con la

cabeza.

Unos segundos después la puerta se abrió, y mi amiga nos observó alucinada.

—¡Hola! —Se echó a mis brazos, emocionada—. ¿Qué haces aquí?

—¡Sorpresa! —exageré para quitarle hierro al asunto y que no se pusiera a llorar allí mismo. Mi amiga era el ser más sensible que existía sobre la faz de la tierra.

Surtió efecto, ya que sonrió.

Me fijé entonces en la figura de Adriel detrás de ella y le hice un movimiento de cabeza a modo de saludo.

—¿Qué pasa, tío? Me alegro de verte a ese lado de la puerta y que esta vez yo lleve algo más de ropa encima —bromeé y supe que tendría que dar alguna que otra explicación por la mirada que me dedicó Leire cuando me giré hacia ella y la presenté.

Le guiñé un ojo y la agarré de la mano para entrar.

Ellos habían estado cocinando y nos invitaron a acompañarlos en la faena. Fue algo que no me sorprendió, ya que mi amiga era cocinera y tenía un canal en Internet sobre el tema. De hecho, hasta que me mudé a Alicante, yo había formado parte de su plantilla, compuesta por un reducido y exclusivo número de personas: dos. Ella y yo.

Ahora mi puesto lo ocupaba Adriel.

Leire pareció congeniar bien con ellos e incluso estuvo ayudando con las tareas. Me gustó verla ahí en medio, rodeada de mi gente y con las mangas de la elegante blusa gris que llevaba puesta subidas hasta los codos. Un rato después, su teléfono sonó y se excusó. Por su tono al responder supe que se trataba de su hijo, al que había dejado al cuidado de sus padres y con el que había hablado en un par de ocasiones desde que emprendimos el viaje.

—Es un encanto... y muy guapa —me dijo Alicia con una sonrisa enorme en su cara.

—Lo es.

—Me gusta. Tiene carácter y sabe cómo parar tus bromas pesadas con solo mirarte. Voy a tener que averiguar el secreto de su éxito.

Me reí y me encogí de hombros. Sus oídos eran demasiado sensibles para saber en qué consistían los métodos que utilizaba, sin embargo, la sonrisa se me esfumó en parte del rostro cuando me preguntó sobre cómo estábamos.

—Estamos, que ya es más de lo que te pude decir cuando viniste a verme a casa. Es la primera vez que deja al niño con sus padres desde que se divorció, y que pasamos más de dos horas juntos sin quitarnos la ropa, así que espero que eso quiera decir algo.

Y lo pensaba de verdad. Esperaba que aquel viaje nos sirviera para avanzar, para convertir el hecho de ser solo dos personas que se follaban la una a la otra en un proyecto de pareja.

El único detalle a tener en cuenta era que no sabía qué quería ella y, en cierto modo, me acojonaba preguntarle y mandarlo todo a la mierda.

Y así fue cómo aquella noche llegamos los tres al hotel: Leire, mi miedo y yo. Y, puede que gracias a que Alicia me hubiese apoyado y dado alas como solo una amiga sabe hacer, me sentí con el valor suficiente para sentarme a hablar con ella.

Aunque estábamos en febrero, en Costa Serena hacía una temperatura bastante agradable de manera habitual y eso nos permitió sentarnos en la terraza del bar a tomarnos una copa. Lo agradecí, ya que conté con más intimidad de la que hubiésemos tenido dentro.

—Son muy simpáticos —me dijo sonriéndome.

—Ya me contarás cuando mañana conozcas al resto.

Ella me miró con diversión.

—¿Me tengo que preocupar?

—No, qué va, si son como *La tribu de los Brady*^[1]. No vas a aburrirte ni un solo segundo. Eso sí, no te acerques demasiado a la pequeña Carolina, tiene un carácter peor que el tuyo. Yo creo que hasta muerde y todo.

Leire soltó una carcajada, y yo sonreí.

—Estoy deseando conocerla.

—Cómo no —constaté y supe que la sorprendería con mi siguiente pregunta. Aun así, la hice—. ¿Cómo es tu hijo?

Leire inspiró hondo y fijó la vista al frente. Se tomó su tiempo antes de contestar y, para cuando lo hizo, yo ya me había tomado hasta la última gota de mi cerveza y daba por hecho que no iba a responderme.

—César es un niño estupendo, y no te lo digo porque sea su madre —aclaró devolviéndome la mirada—. Es tranquilo, obediente y muy cariñoso. Aunque también tiene su genio, claro.

—No podía ser de otra manera con una madre como tú.

—No sé si tomármelo como un halago.

—Hazlo —la animé.

—El embarazo fue complicado —reconoció con la voz afectada—. Encontraron algo extraño en los resultados de las pruebas prenatales y nos dijeron que había riesgo de que naciese con una anomalía cromosómica. Me ofrecieron realizarme unas pruebas para descartarlo, pero no quise hacérmelas. Eran invasivas y, aunque nos aseguraron que el peligro era pequeño, había una posibilidad real de que lo perdiera o de que le hicieran un daño mayor.

—Entiendo —musité prudente.

—Fueron algunos de los peores meses de mi vida, Leo. —La manera en la que lo dijo me dio a entender que había más, muchas más tragedias pasadas. Quise conocer cada herida y sanarla—. Afortunadamente, el niño nació perfecto y nada de aquello se cumplió, pero fue horrible. A veces pienso que en el fondo él sabe que pasé un calvario hasta verlo en mis brazos y por eso se porta tan bien.

—Me encantaría conocerlo.

Mi confesión la pilló con la guardia baja.

La forma en la que se pasó, nerviosa, la mano por el pelo me lo confirmó, no obstante, me miró con decisión antes de hablar.

—César es lo más importante que tengo. Siempre ha sido así y siempre lo será.

—Por supuesto —reconocí—. Eres su madre.

—Serlo no es suficiente —me contradijo—. Cualquiera puede ser padre o madre de una criatura. Yo lo protegería con mi vida si fuese necesario, ¿entiendes?

Asentí.

—Sé que estar aquí sin él te está resultando difícil. Gracias por venir, a pesar de ello.

—Es la primera vez que me separo de él.

—Lo sé, me lo dijiste.

—Y lo echo de menos.

—Me lo imagino.

Leire suspiró y jugueteó con el agua que se condensaba en su vaso.

—Sin embargo, me alegro de haber hecho este viaje contigo —convino, y el estómago me dio un pequeño vuelco, aunque de nuevo no supe si fueron gases o la emoción de su confesión—. Gracias por insistir y no desistir.

—De nada. Yo también me alegro de que hayas venido, no habría sido lo mismo sin ti... Tener que aguantar el empalagamiento de Alicia y Adriel solo no se sobrelleva igual.

Me dio un manotazo en el brazo y, por increíble que pudiera parecer, me resultó un gesto cariñoso.

—Eres malo con ella.

Negué con una sonrisa.

—No. Soy exactamente igual que contigo e igual que con toda la gente que me importa, solo que ella es el ser más sentimental que ha existido nunca en la tierra. —Leire se mantuvo en silencio, y yo esperé, como un capullo, una réplica que no llegó. Repasé mis palabras—. ¿Ocurre algo?

—Acabas de decir que te importo.

Fruncí el ceño, extrañado ante su tono incrédulo.

—¿Piensas que te he pedido que vengas conmigo solo para follar? —Me acerqué a ella, agarré el vaso que sostenía entre sus dedos y lo deposité en la mesa frente a nosotros. Acto seguido la atraje hacia mí—. Para eso me habría comprado una muñeca hinchable, seguro que me hubiese resultado más barata y no me exigiría una habitación con bañera enorme. Leire, la verdad, no sé de qué te asombras. ¿Quién no caería rendido ante tu dulce encanto y tu carácter tranquilo y pacífico?

—Te puedes ir un poquito a la mierda. —Intentó separarse, y yo reí apretándola contra mi cuerpo. La insté a mirarme, y ella lo hizo a regañadientes.

Traté de transmitirle con los ojos todo lo que sentía y lo apoyé con mis palabras.

—Por supuesto que me importas, Leire. Dejaste de ser solo un cuerpo caliente en el que enterrarme hace mucho tiempo. Quizá desde el principio, desde que me hiciste sudar la gota gorda con la mano bajo aquella mesa en Templo o antes incluso, cuando me pasaba los primeros días fantaseando con cómo serías debajo de esa ropa tan formal y a la vez sexi. Y quiero estar contigo. Quiero poder decir en el trabajo que he caído rendido a los pies de la jefa. Quiero conocer a César... —Cogí aire y sin más preámbulos lo solté—: Sin embargo, nada de eso tiene sentido si tú no quieres lo mismo. La pelota está sobre tu tejado, jefa.

CAPÍTULO 7

Leire me pidió tiempo y que fuésemos despacio. Yo no pude negarme, aunque la realidad era que nunca tuve demasiada paciencia y tampoco entendía del todo qué significaba para ella «ir despacio».

Mentiría si dijese que la tarde que volvimos de Costa Serena no me hice ilusiones acerca de conocer a su hijo, aunque estas se desvanecieron antes de hacerse grandes, pues ella se despidió de mí, salió del vehículo y anduvo hasta la puerta de sus padres sin mirar atrás.

Tardé más de diez minutos en arrancar de nuevo.

Todos aquellos anhelos quedaron relegados a un miserable segundo plano cuando volvimos al trabajo.

Leire se pasó toda la mañana del lunes reunida en su despacho con el director del museo, y yo anduve como pollo sin cabeza sin saber realmente qué hacer. Me había acostumbrado a estar a su lado y ser una extensión de su cuerpo, y aquello me tenía descolocado.

Para cuando se abrió la puerta, y el director anunció que, tras el almuerzo, habría una reunión importante, yo ya no sabía dónde posar el culo.

Leire fue a su encuentro, se encaminó hacia la salida charlando con camaradería con él y no me dirigió ni una maldita y fugaz mirada.

—Hoy te has librado de ella, ¿eh? —me dijo Inés, una de mis compañeras. Yo me limité a sonreírle sin demasiado entusiasmo—. Oye, vamos a ir a Templo, ¿te vienes?

—Gracias, pero tengo que hacer una llamada importante —me excusé—. Si me da tiempo, me paso cuando acabe.

Mentí en todo, por supuesto, ya que no pensaba ir.

La mención del lugar sumado a la actitud de Leire fueron razones más que suficientes para descartarlo en el acto. Lo último que necesitaba era estar en ese sitio de nuevo, sin ella y aguantando los comentarios del resto sin poder salir en su defensa.

Una protección que, por otro lado, era difícil de justificar.

Para cuando todos regresaron, un buen rato después, yo seguía sentado en la que se suponía que era mi mesa y por la que había pasado poco o nada desde mi incorporación a la plantilla.

Aquel no era mi sitio.

«¿Y cuál lo es, idiota? ¿Metido entre las piernas de tu jefa? Bonitas prácticas de *gigolo* estás haciendo en el museo, macho», me dijo la puñetera voz de mi conciencia, cabreada como pocas veces.

La silencié cuando entramos en la reunión.

Esta tuvo como motivo el anuncio de una nueva muestra temporal que se llevaría a cabo en unos meses.

Me sorprendí cuando Leire, que ejercería el cargo de curadora de toda la exposición, me eligió sin titubear para trabajar codo con codo con ella. Vale que nos estábamos acostando, pero yo no estaba formado para aquello todavía.

No fui el único sorprendido, pues el propio director la miró con una ceja alzada, aunque ella no se achantó ni un poquito.

—No tiene experiencia y apenas lleva unos meses con nosotros. —Ginés me miró a mí—. Sin ofender, Leonardo.

Asentí en su dirección.

—Precisamente por eso. No estoy aquí para perder el tiempo y ya llevo semanas formándolo, por lo que esto es una oportunidad única para adelantar su aprendizaje. Además, sé que puede aportar una visión novedosa al no estar condicionado todavía por nuestra manera de trabajar.

Ante el alegato de Leire, yo intenté contener a mis propias manos para que no se pusieran a aplaudir, pese a que, con otras palabras, había dicho que resultaba un incordio para ella.

Sí, lo admito, se me puso dura.

Toda la sala se mantuvo en un silencio sepulcral hasta que Ginés terminó asintiendo.

—De acuerdo, tendrás a Leo. Incluso puede venirte bien si lo utilizas como puente con los artistas y así te descargas un poco—aceptó el director.

«Tranquilo, me encargaré a fondo de aliviar su peso, y ella me puede utilizar cómo, cuándo y dónde quiera», dije para mí mismo.

—Muy bien —contestó ella imperturbable. En el fondo supe que se encontraba sumamente satisfecha.

—¿Estás de acuerdo, Leonardo? —preguntó Ginés con la intención de zanjar el asunto.

—Sí, claro —afirmé con la cabeza para corroborar mis palabras—. Solo espero estar a la altura.

—Lo estarás.

Las miradas que me dirigieron mis compañeros al escuchar la pseudoamenaza de Leire fueron de compasión.

Les sonreí quitándole hierro al asunto.

Si ellos supieran que la había tenido de todas las maneras posibles sobre esa mesa y que, pocos días antes, me la había chupado mientras me hacía memorizar términos y conceptos sentado en la misma silla que ahora ocupaba el director, no tendrían tanta pena por mi situación.

Era cierto que aún no estaba familiarizado con todo lo que conllevaba mi puesto en el museo y puede que lo de memorizar no se me hubiese dado demasiado bien, debido a las múltiples distracciones que tenía a su lado. Sin embargo, había realizado un máster sobre cómo lidiar con la jefa, y mi nota era una bonita matrícula de honor.

—De acuerdo —aceptó Ginés desviando la mirada de mis ojos y centrándolos en los papeles que tenía ante él—. Leire ya tiene toda la información y te pondrá al día enseguida. En cuanto al resto: Óscar, cuando llegue el momento, tú te encargarás de la difusión en redes y en medios de comunicación. Las labores de almacenaje correrán esta vez a cuenta de Tomás e Inés, además, cuando Leire os dé luz verde, emitiréis los informes de conservación y control para no tener ningún cabo suelto mientras que...

Dejé de prestarle atención y me centré en el dossier que ella me pasaba desde el otro lado de la mesa. Hojeé su contenido e incluso en ese rápido vistazo me sorprendieron algunas de las obras, aunque lo hizo aún más su pie buscando el mío.

Cuando elevé la vista ella me escrutó y sentí que podía traspasarme con aquella mirada.

Esperé con ansias volver a quedarnos a solas para agradecerle lo que había hecho por mí en aquella reunión. Y lo hice a conciencia durante los siguientes días en los que trabajamos con ahínco en aquel documento, intentando dar con una mezcla perfecta de innovación y provocación.

Entre roces y besos nos dedicamos a incluir obras que desafiases al espectador y le hiciesen cuestionarse normas y expectativas ya impuestas. Además, quisimos hacerlo en diferentes formatos para captar todo el interés posible.

Perdimos el foco en repetidas ocasiones, ya que la situación se nos iba de las manos y acabábamos enredados el uno en el otro, ahogados de placer.

Y Leire respiró tranquila el día en el que, al fin, pudimos completar la lista.

La selección más tradicional estaba formada por pinturas, esculturas y fotografías. Sin embargo, también habría instalaciones con espejos y sonidos, inteligencia artificial e incluso uno de los artistas realizaría una *performance*.

—¿No crees que nos estamos excediendo? —me preguntó Leire un mediodía en el que andábamos rodeados de cajas de madera en la sala de conservación.

Nuestro escenario había cambiado durante esas últimas semanas y a veces echaba de menos la comodidad e intimidad de su despacho, aunque eso no nos detenía a la hora de satisfacer nuestras necesidades.

—No, qué va. —Desentumecí los hombros moviéndolos e hice crujir mi cuello al cambiar de postura—. Vamos a hacer que la gente se cuestione cosas y las comprenda, incluso aunque no entiendan de técnicas o estilos. Creo que va a ser la hostia.

—¿Qué te parece la propuesta de Sofía?

Me encogí de hombros sin querer darle importancia al tono utilizado para mencionar a la representante de aquel grupo de artistas. No parecían congeniar demasiado bien y delegaba en mí gustosamente las comunicaciones con ella.

—Está claro que quiere ganar mucha pasta con esos chicos. Es una tía lista y sabe que estos temas controvertidos son un filón, pero la verdad es que no me parece mala idea —alegué—. Buscar a un artista con cierto peso para que se encargue de hacer la obra central puede ser un reclamo importante.

—Tendré que estudiarlo y hablar con Ginés. No podemos sobrepasar los costes y tampoco sé si esto va a retrasarnos. Ya vamos justos de tiempo.

Me acerqué a ella y la agarré por la cintura.

Leire me miró seria, llevaba varios días más tensa de lo normal.

—Si alguien puede conseguir un imposible, esa eres tú.

—Seguro —respondió dudosa.

—Y tanto —rebatí—. Has hecho que esté loco por ti incluso tratándome como a un mosquito en tu parabrasas.

Ella elevó una de sus delineadas cejas, y yo sonreí.

—No es verdad.

—¿Que me tienes a tu merced? Sí que lo es.

—Lo de tratarte mal —aclaró con una mueca—. Sé que soy un poco seca contigo cuando estamos delante de los demás, pero lo hago por mantener mi reputación de la mala del cuento.

—Pisotéame lo que quieras, jefa —le dije con unas inmensas ganas de besarla—. Ya me estoy cobrando la revancha.

—Me encanta que lo hagas.

—Para que luego se diga que soy yo quien está a tus pies.

—y ¿quién dice eso?

—Yo.

Ella se rio. Y yo me aseguré de comprobar la versatilidad y robustez de las cajas de almacenamiento empotrándola contra una de ellas hasta que gimió mi nombre.

Sí, efectivamente estaba a sus pies.

A sus perfectos, pequeños e injustos pies. No obstante, para cuando me quise dar cuenta de ese detalle, resultó demasiado tarde.

CAPÍTULO 8

Cuando abrí la puerta de mi piso, y observé la figura de Leire al otro lado, me asombré.

Era cierto que no esperaba encontrarla allí, pero lo que me acojonó de verdad fue darme cuenta de que había estado llorando.

De hecho, por su aspecto, debía de haber parado hacía unos segundos.

—¿Qué te pasa? ¿Le ha ocurrido algo a César? —le pregunté acercándome a ella y agarrando sus manos.

Leire negó con la cabeza.

—¿Puedo entrar?

—Por supuesto. —Tiré de su brazo y la metí en mi piso.

En cuanto cerré la puerta ella se abalanzó sobre mí y hundió la cabeza en mi pecho.

Fruncí el ceño, desconcertado y preocupado a partes iguales, mientras la envolvía con mis brazos, sin saber cómo lidiar con la situación.

Podría parecer absurdo, ya que estaba más que acostumbrado a enfrentarme a circunstancias similares. El estado natural de mi mejor amiga era el llanto, y yo había presenciado una gran cantidad de momentos como aquel. Sin embargo, Leire no era Alicia. No se parecían en nada y, ante esa realidad, no sabía cómo actuar.

—¿Qué ocurre? —murmuré al sentir el temblor en sus hombros—. Me estás preocupando.

Ella cogió aire, se separó de mí lo suficiente para poder observarla y me miró con las mejillas húmedas y los ojos enrojecidos.

Cuando creí que comenzaría a hablar, tan solo tiró de mí y unió sus labios a los míos, abandonándose a aquel beso.

Al principio la dejé hacer, pese a sentir la desesperación que manaba de ella.

Leire se colgó de mi cuello, envolvió mis caderas con sus piernas, y yo agarré su cuerpo por inercia a la vez que continuamos besándonos. Su actitud se volvió más desesperada y deduje sus intenciones al instante.

Anduve con ella hacia el salón y me senté en el sofá sin soltarla. Ella seguía insistiendo con su boca sobre la mía y, aunque mi cuerpo comenzaba a despertarse, mi mente no podía centrarse en otra cosa.

Con amable firmeza la agarré de los hombros y la separé de mí.

Fue entonces cuando me di cuenta de que, pese a haber estado besándome, seguía llorando.

—Dime qué te pasa —imploré, y ella hizo el amago de volver a asaltar mi boca, empeñada en escapar de la realidad de una manera que parecía haberle resultado efectiva hasta entonces.

La rechacé con todo el tacto que pude, y su ceño fruncido me dejó claro que mi negativa no le había sentado demasiado bien.

—¿Qué se supone que haces? —me espetó.

No me achanté ante su mirada; no lo había hecho hasta entonces en ninguna de nuestras discusiones y no iba a empezar a hacerlo en aquel momento.

—¿Por qué estás así?

—No he venido a hablar —objetó.

Aquella afirmación, que en el fondo ya intuía, me dolió. Y fue aquel dolor el responsable de mis siguientes palabras.

—¿A qué has venido, si puede saberse? —No le permití responder y, pese a intentar

contenerme, no lo conseguí del todo—. ¿A follarme? ¿A que te folle yo a ti y te haga olvidar lo que sea que te ha provocado esto?

—Sí.

—No —me opuse rotundo—. No pienso hacer eso más. No sin que me des una explicación.

Leire hizo el amago de levantarse, y yo la detuve.

—Suelta.

—Aún no. Dime qué ocurre.

—He dicho que me sueltes.

Me frustraba el hecho de que únicamente pareciésemos conectar con nuestros cuerpos. Ellos se conocían a la perfección, sabían cada debilidad, conocían hasta el más olvidado recoveco del otro; pero, sin esa unión, no éramos nada.

—Leire, ¡joder! —Mi tono fue el método más efectivo, puesto que se quedó muy quieta, observándome—. Dime qué mierda ha pasado y deja de hacernos esto.

Supo que aquella vez no daría mi brazo a torcer, no me conformaría con unos cuantos besos, un par de polvos y un «si te he visto, no me acuerdo». Frente a mi determinación, apretó la mandíbula y rehusó mi mirada. La vi inspirar hondo y cerrar los ojos durante unos segundos antes de ceder y hablar por fin.

—He discutido con Alfonso.

No pudo apreciar mi desconcierto, su mirada estaba posada en algún lugar a su derecha, y me vi obligado a preguntar lo obvio.

—¿Quién es Alfonso?

No supe de dónde salía, pero una opresión en mi pecho me dificultó la tarea de coger aire con normalidad.

Leire finalmente dirigió sus ojos a los míos y se bajó de mi regazo.

No me opuse aquella vez.

—Mi exmarido.

Y por alguna razón supe que aquella era la barrera que había sentido erigida entre nosotros durante todos aquellos meses. El motivo por el que, cada vez que creía avanzar en aquella extraña relación que teníamos, ella reculaba.

Alfonso era la clave y, aunque hasta entonces no lo supe a ciencia cierta, sí que lo había intuitido.

Cuando Leire volvió a hablar, y sus labios empezaron a darle forma a su historia, tuve la certeza de que aquel momento iba a ser crucial para nosotros.

Lo que no tuve del todo claro, pese a que pronto lo descubriría, era si sería un punto y seguido o un punto y final.

CAPÍTULO 9

Admito que, conociendo a la Leire actual, no me podía llegar a imaginar un escenario como el que me plasmó aquel día. Sin embargo, y por primera vez, la sentí abrirse a mí de una forma que jamás había hecho.

Ante aquello, yo tan solo me pude limitar a escucharla y hacerle las preguntas necesarias para que retomase la narración cuando las emociones la callaban.

—Lo conocí cuando estaba terminando el postgrado y me enamoré enseguida de él. Alfonso siempre ha sido un tío carismático y muy extrovertido. Era atento, teníamos muchas cosas en común y cuando me hablaba sentía que jamás nos llegaríamos a aburrir el uno del otro, pero todo fue cambiando poco a poco. Tan solo eran pequeños detalles sin demasiada importancia, como un comentario de pasada sobre cómo me miraban otros el escote o el hecho de que eligiese por mí en un restaurante alegando que quería sorprenderme. Era tan perspicaz y sabía hacerlo tan bien que no me di cuenta hasta que ya fue demasiado tarde. —Inspiró hondo y se retiró el pelo de la cara, recolocándose en el sofá. Yo me sentí incapaz de abrir la boca, tan solo la observé muy atento.

»Esos detalles fueron cambiando con el paso de los meses y dejó de ser tan sutil. Sus comentarios cada vez eran más hirientes, tomaba todo tipo de decisiones importantes sin consultarme, menospreciaba mi carrera y me hacía sentir inferior en público. Y lo peor es que lo había hecho tan bien y tan poco a poco, se había cargado mi autoestima de una forma tan efectiva y progresiva, que llegué a creérmelo todo. Me anuló.

—Te maltrataba.

—Físicamente, no —aclaró—. Psicológicamente, más de lo que cualquier persona podría soportar. Me volqué en mi carrera, el trabajo era la única vía de escape que tenía y donde me sentía apta para llevar las riendas. Jamás fui capaz de establecer relaciones personales con los compañeros porque él se encargó de separarme de todas las personas que me importaban y, en el fondo, temía que hiciese lo mismo, por lo que me centré en dejarme la piel en cada proyecto sin pensar en nada más.

—¿Te llegaste a dar cuenta y por eso rompiste con él?

Ella dejó ir una risa que me heló un poco más la sangre en las venas.

—No fui tan valiente, no. Continué tragando y aguantando, justificando lo que hacía y culpándome a mí misma de todo aquello. —Me miró y pude ver sus grietas en carne viva a través de sus ojos—. Fue entonces cuando me quedé embarazada.

Cerré por un segundo los ojos y cogí aire.

—¿Se lo tomó mal?

—No, al contrario. Se pasó todo el embarazo aparentando preocupación, tratándome con cariño y pidiéndome perdón por todas las veces en las que me hizo llorar. Resultó falso, claro. Tan solo era una forma más de mantener su control sobre mí y sobre la relación —determinó—. Cuando César nació lo utilizó como una herramienta más en su calculada tortura. Me amenazaba con abandonarnos, haciéndome creer que no podríamos seguir adelante.

—Pero tú tenías un trabajo y podrías haberlo criado sola sin problemas.

—Hoy lo sé, pero él se encargó de hacerme creer que, sin él, no sería capaz de hacer nada.

No me resultaba fácil imaginarme a Leire en aquella situación.

Aquella mujer que tenía ante mí tenía las ideas claras, era segura de sí misma y poseía unas

capacidades dignas de admirar. Y fue entonces, cuando intenté ubicarla en un escenario tan duro, cuando corroboré cómo de fuerte era.

De algún modo que aún no conocía salió de toda aquella oscuridad.

—¿Cómo...?

—Descubrí que me había estado engañando —me cortó, y la miré con los ojos muy abiertos—. César lo hizo, en realidad. Le quedaban aún un par de meses para cumplir los tres años cuando un día en la ducha mencionó algo que me hizo reaccionar. Dijo con toda claridad: «No quiero ir a casa de papá».

—Pero papá vivía con vosotros —deduje.

—Exacto —corroboró—. Esa noche no pude pegar ojo barajando mil teorías. A la mañana siguiente, avisé a Ginés de que no iría al trabajo y me propuse seguirlo. Siempre fui yo la primera que salía del piso, y él quien se encargaba de dejar a César en la guardería antes de ir a su oficina. O al menos eso era lo que yo creía, porque, cuando vi que no seguía el camino y se desviaba hasta llegar a unas casas bajas, até cabos.

—¿En serio?

—Créeme, no me inventaría algo así, no tengo una mente tan fantástica. Estuve varios días pendiente de cada uno de sus movimientos. Volví a seguirlo y revisé su ropa y su cartera en busca de algo que me aclarase todo aquello. Lo intenté también con su teléfono, pero tenía una contraseña que yo no conocía. —Se encogió de hombros—. Según lo que deduje, por las mañanas salía de casa e iba a aquella vivienda, entraba con el niño y estaba algo más de una hora allí, y se marchaba justo unos minutos antes de la hora límite de entrada al centro infantil. Cuando lo dejaba allí se iba a la oficina, en la que solo estaba unas cuantas horas por la mañana. —Leire soltó el aire en un gesto de resignación.

»Me hacía creer que trabajaba todo el día. Yo era quien se encargaba de recoger a César en la guardería a las cinco, y él no volvía a casa hasta la hora de la cena. Todos los días —recalcó.

—Tenía una aventura —deduje.

—Tenía una doble vida, Leo —contestó frunciendo el ceño—. Durante años nos tuvo engañadas a las dos. Yo no sabía de su existencia, y ella lo único que sabía de mí era que había sido un desliz que le terminó perdonando. Él no tuvo más remedio que reconocérselo cuando tuvo que explicarle quién era César o al menos eso me dijo. Cuando me presenté en aquella puerta, y ambas descubrimos todas sus mentiras, unimos fuerzas y le plantamos cara.

—Joder —negué incrédulo—. Parece de película.

—Sí. —Se encogió de hombros una vez más—. Aquella misma tarde dejé a César con mis padres, de los que me había ido distanciando cada vez más por la influencia de Alfonso, y fui de nuevo a la casa. Él ya estaba allí. Lo orquestamos todo y, para cuando Carmen me abrió la puerta, sentí que los nervios que ambas sufríamos nos ahogaban, pero a la vez nos daban fuerzas.

—Él debió de tomárselo mal.

—¿Mal? —Soltó una risotada—. El muy gilipollas lo negó todo. Estábamos allí, sabíamos la realidad de la otra y, aun así, repetía una y otra vez que nada de aquello era cierto. Le pedí el divorcio allí mismo y le juré que jamás volvería a tener poder sobre mi vida.

—¿Y César?

—Me cedió su custodia. Creo que teme que destruya su reputación contando lo que hizo. Vive de las apariencias, y eso es lo único que le queda.

—¿Y no lo denunciaste por lo que te hizo durante todo aquel tiempo?

—No. Y no voy a hacerlo porque no quiero emprender una guerra en la que mi hijo sea el único perjudicado. Apenas lo ve, y cuando lo hace siempre estoy presente. Lo prefiero así.

—¿Y hoy? ¿Por qué habéis discutido?

Leire suspiró.

—Se ha presentado en mi puerta y no ha sido agradable. Llevaba varias semanas sin aparecer e imagino que ya tocaba. Tan solo me ha insultado, se ha desahogado sobre lo puta que cree que soy y se ha marchado. —Supe que había más de lo que me quería hacer ver, no era tonto, y ella debió de darse cuenta de mi escepticismo—. Por favor, Leo.

—¿Qué me estás pidiendo exactamente, Leire? ¿Pretendes que me quede tan tranquilo ante todo esto?

—Podría no habértelo contado. Déjalo estar.

—¿Y si lo vuelve a hacer? ¿Y si la próxima vez no se marcha o hace algo peor? ¿Es que te da igual?

Ella me observó impasible y supe que no claudicaría.

Al igual que se había abierto a mí como un libro inacabado en manos de un escritor, en aquel momento sus páginas se cerraron completamente.

Y de alguna extraña forma pude entender su determinación, la manera en la que quería proteger a su hijo a toda cosa, incluso aunque eso pasase por sufrir ella misma.

Ya lo había hecho antes, ¿no?

No obstante, en aquel momento dudé de que ese tipo no le exigiese más derechos en el futuro, y no tardaría en confirmar lo poco errado de mi sensación.

Lo descubriría de la peor manera posible, aunque antes tendríamos otros asuntos que tratar y problemas con los que lidiar.

CAPÍTULO 10

Quedaba menos de un mes para la inauguración de la exposición y, aunque toda la plantilla se había volcado con los preparativos, Leire llevaba varios días acojonando al personal sin necesidad de abrir la boca.

—No sé cómo no has pedido ya la baja —comentó Óscar a mi lado—. Creo que hasta a Ginés se le encogen las pelotas cuando la mira.

Reí en respuesta y negué con la cabeza.

—Sois unos exagerados.

—Qué mal te ha tenido que tratar la vida. A saber qué te han hecho en otros trabajos para no tenerle miedo —rebatí con una mueca.

—Si tú supieras...

—¡No! Mejor no me lo cuentes, ya tengo bastantes pesadillas últimamente.

—¡Leonardo! —me llamó el objeto de nuestra conversación desde el otro lado de la sala.

Levanté la cabeza y la miré. Escuché cómo Óscar emitía un sonido de alarma al verla quitarse los guantes y acercarse a nosotros.

—Suerte —susurró escabulléndose.

—Hola, jefa.

—¿A qué hora venía Sofía?

No me hizo falta responder, ya que el sonido de unos tacones llegó hasta nuestros oídos y, al girarme, la representante hacía su aparición con una amplia sonrisa y su habitual aspecto de no haber roto un plato.

—Buenos días —dijo al entrar.

—Llegas tarde —fue el saludo que le devolvió mi jefa antes de mirarme—. ¿Has acabado ya?

—Sí. Yo me encargo.

Leire se limitó a asentir y me mantuvo la mirada unos segundos más antes de marcharse.

—¿Le pasa algo? —Escuché la candorosa voz de Sofía a mi izquierda—. No he llegado tarde, solo son las once.

—Quedamos a las diez —le aclaré sonriéndole.

—¿Sí? —Dejó escapar una risita—. Vaya, pues entonces sí que llego tarde.

Le resté importancia, aunque en el fondo agradecí que no lo repitiese en los días posteriores, en los que se aseguró de llegar puntual. No obstante, Leire seguía evitándola y delegaba en mí el trato con ella. Alegaba que estaba cansada de las peticiones o exigencias que los artistas hacían a través de Sofía.

En cuanto a nosotros, no podía decirse que estuviésemos mal.

En el aspecto físico continuábamos comportándonos como dos adolescentes salidos, sin embargo, ella se empeñaba en seguir levantando barricadas cuando se sentía expuesta de algún modo.

Y discutíamos. Por supuesto que lo hacíamos.

Nunca había sido un hombre que se conformase con las migajas, cuando, si lo peleaba, podía conseguir el bollo entero. Y resultaba que Leire tenía mi sabor favorito.

La única pega era que, a veces, el dulce se me hacía bola.

—¿Qué necesitas de tu subordinado más fiel? —fue la frase que le solté cuando me llamó por teléfono esa tarde de viernes.

—¿Estás ocupado?

—Depende —dije intentando sonar interesante al tiempo que me acomodaba en el sofá y colocaba las piernas sobre la mesita de centro—. ¿Quién lo pregunta? ¿La adicta al sexo o la jefa malhumorada de esta mañana? ¿Me echas de menos y quieres que te vuelva a bajar los humos contra la puerta de tu despacho?

—Leo...

—Acabo de sentarme en el sofá con la firme intención de ver cómo mi espectacular Daenerys de la Tormenta, de la casa Targaryen, la primera de su nombre, la que no arde, reina de Meereen, reina de los Ándalos, los Thoyrnar y los primeros hombres, *khaleesi* del Gran Mar de hierba, rompedora de cadenas y madre de dragones^[2], intenta dominar el mundo. ¿Por qué? ¿Tienes algún plan mejor? Y piénsatelo bien, ¿eh?, porque el listón está alto.

Aunque no pude verla, supe que había sonreído y puesto los ojos en blanco.

—De verdad, lo tuyo no es normal.

—Por eso te mueres por mis huesos.

Ella rebatió mi afirmación con una de sus habituales pullas y me citó en una calle cercana a su piso en media hora.

Llegué con tiempo suficiente y, en la espera, no pude impedir que mi mente se pusiera a darle vueltas al sentido de aquella llamada, ya que Leire intentaba evitar en la medida de lo posible quedar conmigo en público.

Ese hecho había derivado en más de una pelea, puesto que ella continuaba negándose a que lo nuestro se supiese en el trabajo.

Era algo que veía del todo absurdo, ya que no existía ninguna norma o regla que estuviésemos rompiendo. No obstante, hacía tiempo que me había resignado y tan solo me dejaba llevar por la corriente. Eso sí, no sabía cuánto tardaría en abandonar aquella navegación sin rumbo, pues esa lucha constante me estaba resultando agotadora de narices.

Atisbé un movimiento por el rabillo del ojo y me di la vuelta, encontrándomela de frente.

Me quedé paralizado al verla, y no porque luciese ropa deportiva, una coleta alta y ni pizca de maquillaje. La había visto en posturas y situaciones mucho más extraordinarias, y no era eso lo que me dejó de piedra.

Fue lo que llevaba agarrado de la mano lo que no me esperaba. En absoluto.

—Hola —habló con un deje de retraimiento en la voz que no pegaba con ella—. Cariño, él es Leo, el amigo de mamá del que te he hablado. Leo, te presento a mi hijo, César.

Sentí cómo el corazón me latía con fuerza.

Tanto él como yo éramos conscientes de que aquel momento era importante y trascendental.

La miré durante unos segundos, y ella no quitó sus ojos de los míos.

—Hola —dijo la vocecita de César.

Cuando pude desviar la vista, y centrarla en nuestro acompañante, una sonrisa se abrió paso en mi cara.

Allí estaba él. Un adorable niño moreno con un claro parecido a su madre, un peluche aferrado a una de sus manos y la otra tendida hacia mí en un gesto formal que me apresuré en corresponder.

—Encantado, César.

—¿Puedo ir ya a jugar, mami?

Leire asintió acariciándole la cabeza.

—Claro. ¿Vamos?

Ella me miró. Imité su gesto afirmativo, y echamos a andar hacia el parque.

Caminé hacia una tarde inesperada junto a la mujer de la que estaba enamorado como un idiota y su hijo, que consiguió conquistarme en menos de diez minutos, tal y como lo había hecho su madre meses atrás.

Fue una tarde que aún hoy en día no puedo terminar de expresar en palabras por todo lo que significó para mí.

Al comenzar a caer el sol los acompañé dando un breve paseo hasta su piso.

A unos pasos de la entrada al bloque deduje que ninguno de los dos íbamos a ser capaces de gestionar aquella despedida sin vacilar, sin embargo, el pequeño se encargó de allanarnos el terreno.

—¿Podemos pedir *pizza* para cenar, mami?

—De acuerdo —accedió tierna—. Pero yo elijo el sabor.

—¡Bien! ¿Cuál es tu preferida?

Tardé unos segundos en comprender que la pregunta iba dirigida a mí.

Lo observé y elevé ambas cejas.

—Me gustan todas, pero creo que la que más, la cuatro quesos.

—Uhgg. —Frunció la nariz—. Esa huele peste.

Me reí y asentí con la mirada de Leire fija en mí. Le correspondí, ella me sonrió y el brillo en sus ojos me conmovió.

—¿Quieres quedarte a cenar?

Tuvo que notarlo en mi cara.

El desconcierto.

La sorpresa.

El miedo a no estar a la altura.

—¡Sí! —chilló César con entusiasmo, ajeno a lo que se gestaba en mi interior—. Pero no vale pedir la *pizzapestosa*.

Su advertencia me hizo sonreír.

—¿Estás segura? —le pregunté a Leire en un susurro.

Ella tan solo asintió.

Un breve gesto, en apariencia sin importancia, pero que para nosotros significó girar la llave en esa puerta que a veces nos separaba y que tenía un tamaño tan descomunal que imponía.

Y supe que, al traspasarla, jamás podría volver al otro lado siendo el mismo.

Le di la mano sin titubear.

CAPÍTULO 11

César estampó su coche de juguete contra el que sostenía en mi mano izquierda e hizo un ruido con los labios imitando una gran colisión.

—¡Lucha, cobarde! —dijo impostando una voz grave.

Reprimí una sonrisa y me re coloqué sobre la alfombra.

—¡No puedes hacer nada contra mi camión de bomberos! —le seguí el juego y lo hice rodar, separándolo de él—. Ahora verás...

El niño chilló y soltó una carcajada cuando elevé mi vehículo y lo pasé por su cabeza, haciéndolo reír en el proceso.

—¡Eso no vale! ¡Los camiones no pueden volar!

—Ya sabes que en Leocity no hay reglas. *Muahahaha...* —Un sonido me hizo girar la cabeza y descubrí a Leire apoyada en el marco de la puerta, observándonos. Le guiñé un ojo y, sin desconectar nuestras miradas, hablé a mi compañero de batallas—. Intrusa a las doce en punto. Repito: intrusa a las doce en punto.

Me estiré hacia Leire y agarré su mano, jalando de ella hacia mí.

Hice que cayese sobre mi cuerpo, y César rio con entusiasmo cuando vio que comenzaba a hacerle cosquillas. No tardó en unirse a mi tortura, y Leire terminó pidiendo clemencia entre carcajadas.

—Ya basta —rogó—. Me rindo.

—Se rinde —repitió el niño mirándome.

—Está bien, pero solo porque me he quedado sin gasolina —alegué—. ¿La liberamos?

César asintió y se abrazó a su madre cuando esta se sentó y se recompuso la ropa.

—Mami, ¿puede quedarse otra vez Leo a cenar?

—Los abuelos vienen en un rato, cariño —le dijo—. ¿Recuerdas que te hablamos hace unos días sobre la fiesta que estábamos organizando en el trabajo? Es hoy.

—Jo... —se quejó—. ¡Qué rollo!

—Tranquilo, camarada, en otro momento seguimos. Apúntatela junto con la revancha al Cocodrilo Sacamuelas del otro día, ¿vale?

—¡Vale!

Con el mismo entusiasmo con el que había contestado, agarró a su osito de peluche y salió del dormitorio de camino al salón, desde donde nos llegó el sonido de la televisión unos segundos después.

Moví una ceja en dirección a Leire.

—¿Por qué me miras así?

—Por nada —respondió—. Gracias por cuidar de él mientras me duchaba.

—Más bien lo ha hecho él de mí, hasta me ha servido un tazón de cereales. Eso sí, ha acabado más leche fuera que dentro, pero yo creo que en nada se te independiza.

Ella soltó una risa nasal y se acercó a mí.

Enredó sus manos en mi cuello, y me relamí los labios cuando la atraje por la cintura y la senté en mi regazo.

—¿Pasarás luego a buscarme?

—¿Y arriesgarte a que nos vean entrar juntos? —pregunté incrédulo—. ¿Es que acaso ha

llegado el día en el que vas a gritar a los cuatro vientos que estás locamente enamorada de mí?

—No creo que nadie pregunte, y si lo hacen siempre podemos decir que nos hemos encontrado por el camino —alegó. Y, aunque ya intuía esa respuesta, tuve que reprimir la desilusión que me provocó escucharla salir de sus labios—. ¿Quieres ver mi vestido?

Besé su nariz y la pellizqué en el trasero antes de levantarme.

—Prefiero que me sorprendas cuando nos encontremos de manera fortuita por la calle. Tengo que irme, esta preciosa cabellera pelirroja no se doma sola —bromeé, y ella sonrió escueta—. Estaré pasando por esta misma calle a las siete y cuarto, por si de casualidad quieres encontrarte conmigo.

—Leo...

—Hasta luego, jefa.

Le guiñé un ojo antes de abandonar la habitación.

Ella no me acompañó hasta la salida.

CAPÍTULO 12

La fiesta estaba resultando un éxito. Algunos medios de comunicación locales se encontraban entre los asistentes y parecía que todo el mundo estaba sinceramente impresionado con la muestra.

Tendí una copa de champán a Leire en una de las ocasiones en las que me crucé con ella. No pude resistirme al verla allí sola, con aquel porte elegante y sus curvas enfundadas en un bonito vestido largo, coronado con una raja de vértigo en su muslo derecho.

Me sonrió algo tensa.

—Buen trabajo, jefa.

—Lo mismo digo, el mérito no es solo mío —respondió paseando la vista por la sala—. Al final Sofía y tú llevabais razón.

La forma en la que pronunció aquella frase me hizo elevar una ceja.

—¡Espera! Voy a buscar un micrófono y lo repites para todo el mundo.

Ella dirigió sus ojos hacia mí.

—Ni se te ocurra, Leonardo.

Solté una breve carcajada y pellizqué con cariño su costado, aunque ella rehusó el contacto con disimulo.

Inspiré hondo y bebí un trago de mi copa.

—¿Han conseguido dormirlo tus padres al final? —le pregunté haciendo referencia a César, pues, según lo que me había contado en el camino hacia el museo, se encontraba algo alterado por la novedad.

Ella afirmó con la cabeza de forma escueta y, justo cuando se disponía a hablar, la voz de Sofía llegó hasta nosotros.

—¡Chicos! —exclamó con entusiasmo—. Menuda pasada, ¿eh?

—Sí, está genial. —Le sonreí, y ella apoyó su mano con familiaridad sobre mi antebrazo dirigiendo sus ojos a Leire, que la miraba impasible.

—Oye, no he tenido ocasión de decírtelo. ¡Estás guapísima!

—Gracias, tú también.

Dudaba que Sofía hubiese captado su tono, sin embargo, yo sí lo había hecho. El breve silencio a nuestro alrededor me resultó algo incómodo.

—Los chicos han preguntado por ti, Leo —dijo ella ajena al cruce de miradas entre Leire y yo—. ¿Por qué no vienes a saludarlos?

—Claro, Leo —añadió esta imitando su tono—. Ve con los chicos.

Elevé una ceja discretamente en su dirección, y ella me correspondió con un breve asentimiento.

—Dame un momento, Sofía. Tengo que comentar algo con la jefa y en unos minutos me reúno con vosotros.

—¡Estupendo!

La representante se marchó saludando a alguien con la mano, y yo no dejé de escrutar a Leire, confuso.

—¿Qué ha sido eso?

—No sé de qué hablas.

—Leire... No empecemos, por favor.

Ella se bebió el líquido restante de su copa de un trago y me la tendió.

Posó su mano en el lugar exacto en el que Sofía había tenido la suya un momento antes, me dio un leve apretón y se acercó a mí unos centímetros más de lo estrictamente profesional.

—Ve, te debes a tu público. Disfruta de la noche.

Se giró, y yo la llamé sin querer elevar demasiado la voz. Ella me ignoró y siguió su camino por la sala con paso firme.

Cogí aire y apoyé el par de copas vacías sobre una de las mesas auxiliares.

Estuve parado allí unos minutos y, conforme se sucedían, iba sintiendo más y más ruido a mi alrededor.

El sonido de las voces y risas me resultó en cierto modo angustioso y encaminé mis pasos hacia la zona de personal cuando no pude más, alejándome de todos por unos segundos.

Me apoyé en la pared y suspiré, pasándome las manos por la cara.

Quería irme de allí.

Miré el teléfono con la esperanza de distraerme, aunque no me dio tiempo a desbloquearlo cuando una voz llegó hasta mí.

—¿Te estás escondiendo?

Giré el rostro hacia Sofía, que se acercaba a mi posición por el pasillo.

—Sí —admití—. Demasiado ruido.

Ella soltó una risita y se apoyó a mi lado. Yo me entretuve en observar la pared frente a nosotros.

—Estuvo bien el café del otro día, ¿verdad?

Volví mi cara hacia ella. Sus ojos me escrutaban a la vez que una sonrisa le invadía el rostro.

—No estuvo mal.

—¿Has comido algo? —me preguntó. Movié el cuerpo hasta quedar enfrentada al mío y me habló en un susurro—. Si quieres puedo interceptar una bandeja de canapés, y nos la comemos aquí a escondidas.

Solté una carcajada.

—No te preocupes, he ido picando algo. Solo necesitaba un poco de silencio.

Sofía no captó la indirecta.

—Te entiendo. —Se mordió el labio inferior y, en cuanto me di cuenta de que mis ojos se habían desviado hasta su boca de manera inconsciente, aparté la mirada. Sin embargo, parece que no fui lo suficientemente rápido—. Leo, hace tiempo que quiero preguntarte algo.

—Dispara.

—¿Sales con alguien?

Su pregunta me pilló desprevenido, a pesar de que no me sorprendiera del todo.

Tras pensar en mi respuesta durante unos segundos, me terminé encogiéndome de hombros.

—Es complicado.

Ella sonrió condescendiente.

—¿Te resulta complicado encontrar a alguien con quien salir? Déjame decirte que no me lo creo.

—La situación en la que estamos esa persona y yo lo es —aclaré.

Sofía echó la cabeza hacia un lado y me escrutó con interés.

—¿Mucho?

—De cojones.

Ambos nos reímos, y el gesto se me congeló en la cara cuando sentí que su cuerpo se pegaba al mío.

—¿Y crees que podríamos complicarlo un poco más?

Cerré por un segundo los ojos recordando las palabras que mi amiga Alicia me había dedicado alguna que otra vez: «Eres demasiado simpático y a veces confundes a las personas».

¿Sería eso lo que estaba haciendo con Sofía? ¿Confundirla?

Quise explicarle mi realidad para frenar aquella situación que se volvía incómoda por momentos.

Pensé en Leire, en cómo elevaba aquella maldita ceja en mi dirección.

En las insinuaciones veladas que me dirigía cuando nadie más nos atendía.

Rememoré sus sonrisas, su mirada susceptible cuando nos observaba a César y a mí juntos.

Recordé cómo, hasta llorando, lucía el porte de una orgullosa reina.

La forma en la que discutíamos y luego nos reconciliábamos.

En que con ella tenía el mejor puto sexo de la historia de mi vida y en la forma en la que me empeñaba en remendar los descosidos que iba dejándome atisbar tras su coraza.

Puse una mano en el hombro de la muchacha, deteniendo su acercamiento. Ella me observó y el desconcierto inundó su rostro durante unos breves segundos.

—No, Sofía. Lo siento, pero no puedo hacer esto. Perdona si te he confundido con mi...

—Ya. Es Leire, ¿verdad? —me interrumpió, y yo no contesté, sin embargo, no necesitó que lo hiciera—. Te mereces a alguien mejor, ¿lo sabes? Te mereces a una mujer que no te esconda y no se avergüence de ti, Leo.

Puse distancia entre nuestros cuerpos y negué.

—No puedo, Sofía.

—Está bien —aceptó con una sonrisa forzada—. Tengo que volver, seguro que alguien me está buscando.

Me limité a asentir, y ella se marchó, ajena a lo que sus palabras habían provocado en mí. No porque estas, de la nada, me hubiesen hecho sentir inseguro respecto a mi relación con Leire, sino porque eran un fiel reflejo de mis pensamientos más profundos. Unos a los que intentaba no prestar demasiada atención, pero que estaban ahí, agazapados y dispuestos para atormentarme los días en los que sentía que aquello no iba a ninguna parte.

Intenté tragar el amargor, a la vez que observaba su figura desvanecerse en la lejanía y no pude evitar comparar su porte con el que había lucido Leire un rato antes.

—¿Es complicado? —Giré la cabeza hacia la derecha con brusquedad—. Curiosa forma de contestar cuando te preguntan si estás saliendo con alguien.

Negué e inspiré hondo, a la vez que apoyaba la cabeza en la pared en un gesto vencido.

—¿De verdad has estado ahí todo el tiempo?

Leire se encogió de hombros.

—Eso parece.

—Eres increíble.

—Ha estado a punto de besarte —alegó—. Y no puedo decir que me asombre, porque lo veía venir desde el principio.

—¿De qué demonios hablas? —Le hice frente.

—De Sofía y de ti, por supuesto. —Soltó una sonrisa cínica—. No me digas que no te habías dado cuenta de cómo te miraba, te sonreía o te tocaba. Aunque también es normal, porque tú has dado pie a ello comportándote tan gentilmente con ella. Leo, el divertido y agradable Leo que siempre está dispuesto a complacer a los demás.

La observé y una mezcla de furia y decepción se comenzó a gestar en mi estómago. La bola, que siempre había estado ahí, pequeñita y escondida en un rincón de mi cuerpo, fue creciendo

conforme el enfado se hizo con el control.

Me sentí acusado y expuesto, traicionado en cierta forma e insultado por sus palabras.

—Eres muy egoísta, Leire —espeté serio, y ella apretó la mandíbula—. Por supuesto que esto es complicado. ¡Es la hostia de complicado! ¿Es que acaso a ti no te lo parece? Me paso los días intentando lidiar con toda esta mierda, queriendo entenderte y excusarte. Todo el puto día escondiéndonos de los demás y fingiendo que no somos nada, cuando, para mí, lo somos todo.

—¿Acaso no te presenté a César?

La miré y solté el aire negando con incredulidad.

—Sí, claro —admití—. Y para él tan solo soy un amigo de mamá.

—¿Y qué esperas que le diga? ¿Quieres que le explique que eres con quien follo todos los días?

Solté un gruñido de pura frustración y me paseé durante unos segundos por el pasillo. Sabía lo que intentaba hacer, aunque no dolía menos por ello. Intentaba hacerme daño, apartarme de ella y reducir lo que teníamos a la nada más absoluta.

Y fue esa certeza, la de sentir mi resignación por costumbre saliendo a flote, la que me hizo tomar la decisión que lo cambiaría todo entre nosotros.

—Esto no funciona —zanjé encarándola.

—¿Estarías con ella? —Ante su pregunta, mordí mi labio inferior hasta sentir dolor—. Contéstame. ¿Te la tirarías si yo no estuviera en medio? ¿O es que acaso ya lo has hecho?

—Pero ¿tú te escuchas?

—¡Contéstame! ¿Te la has follado?

—¡Yo no soy Alfonso, Leire! —solté elevando la voz—. No soy tu puto exmarido, joder. ¿Cuándo te vas a dar cuenta de que te quiero?

Sin embargo, Leire no contestó. Tan solo se quedó allí, impávida y observándome.

Y aquel silencio fue respuesta suficiente para saber que mi lucha había llegado a su fin.

CAPÍTULO 13

Cuando sentí que no podía soportar ni un segundo más frente a la pantalla, congelé la imagen y agarré el teléfono.

—Esto no funciona.

—¿Leo?

—Pues claro que Leo. ¿Qué hacías para descolgar y no saber quién te está llamando? —pregunté con interés.

Alicia carraspeó, y yo sonreí.

—Estaba limpiando —se excusó.

—Sí, seguro. ¿Tocaba limpieza de sable?

—¡Leo! Qué cerdo eres...

—Nada nuevo por aquí. —Me reí sin ganas—. Lo de ver *Titanic* y comer helado es un fraude, perdona que te diga.

Mi amiga se mantuvo en silencio durante unos segundos y supe que su mente estaba trabajando a toda pastilla.

—¿Estás viendo *Titanic*?

—Ahora ya no, obviamente.

—¿Hasta dónde has llegado?

—¿Qué más da? —Apagué el televisor, donde la trágica imagen del barco en vertical sobre el agua se mantenía estática—. Reconozco que el helado está bueno, pero vaya estafa de terapia que utilizas cuando estás de bajón. No sé cómo te funciona esta mierda.

La línea se quedó en silencio y miré el teléfono, extrañado. Me di cuenta de que se había cortado y un momento después una solicitud de videollamada invadía la pantalla.

La acepté sabiendo lo que venía a continuación.

—¿Has vuelto a discutir con Leire?

Suspiré y me encogí de hombros.

La imagen de Alicia sentada en el sofá con los pelos algo revueltos me observaba preocupada.

—Y ¿cuándo no?

—Hola, Leo. —Escuché la voz de Adriel desde alguna parte—. Adiós, Leo.

Alicia sonrió fuera de plano y lanzó un beso al aire. Sus labios gesticularon un «te quiero» y acto seguido volvió su atención hacia mí.

—Vale, estamos solos —anunció—. ¿Qué ha pasado? Ninguna de las otras veces has necesitado recurrir a mis métodos para superarlo.

—Será que estoy entrando en la *pitopausia*.

—Solo tienes treinta y ocho años. —Rio—. Aún es pronto para eso.

—Yo qué sé, Alicia.

Mi tono rendido la hizo morderse el labio.

Le narré lo ocurrido, y ella se mantuvo en silencio, observándome y frunciendo el ceño un poco más cada vez. Cuando llegué a la parte de la ruptura, por sus mejillas se deslizaban algunas lágrimas que se apresuró a limpiar.

—Es muy triste —resumió—. Sé que te gusta mucho.

—Estoy enamorado de ella.

Alicia entreabrió la boca.

—Guau.

—No te asombres tanto, ya lo sabías.

—Lo imaginaba. —Se encogió de hombros—. Aunque no lo habías reconocido en voz alta. Al menos no conmigo.

—Creo que me voy a marchar de Alicante —anuncié.

—¡No! —soltó, sorprendiéndose a sí misma por la vehemencia de su respuesta—. Quiero decir: piénsatelo. Me encantaría que volvieses a Costa Serena, pero eso significaría renunciar a tu trabajo.

—Voy a renunciar a mi trabajo —confirmé.

—¿Por qué?! Llevabas mucho tiempo esperando una oportunidad así.

—¿De verdad tengo que explicártelo?

—A ver, comprendo que será difícil verla cada día, pero...

La interrumpí:

—Ali, hemos follado en cada jodido rincón de ese museo. No podría ir a ninguna parte sin acordarme de ella. Además, es mi jefa. Tengo que rendirle cuentas y, sinceramente, lidiar con su carácter sin poder resarcirme después castigándola con mi polla no tendría la misma gracia.

—Leo... —La petición en su tono me hizo encogerme de hombros—. No lo rebajes a eso.

—Ella misma lo ha hecho. Todo el tiempo.

—Tiene miedo.

—¿En serio la vas a excusar? Se supone que eres mi mejor amiga.

Alicia me miró seria.

—Y lo soy, pero sabes tan bien como yo que su pasado es algo así como una tercera persona entre vosotros. Esa chica aún no ha superado lo que le pasó con su ex, está claro, además, está el niño... ¿De verdad quieres tirar la toalla?

—Luchar a costa de mi salud mental es complicado de narices.

—Nadie dijo que alcanzar la felicidad fuera fácil.

Solté una risotada.

—¿Te has desayunado a Lord Byron?

—Vete un ratito a la mierda, anda. Te lo digo en serio.

—Habla la voz de la experiencia, ¿verdad?

Ella sonrió componiendo una mueca de conformismo.

—Merece la pena luchar por conseguirla. Si Adriel no hubiese lidiado con mis fantasmas y yo con los suyos seguramente hoy no estaría aquí dándote la chapa.

—La diferencia es que, en esa historia, los dos habéis puesto de vuestra parte. Leire no lo hace.

Mi amiga suspiró.

—¿Recuerdas cuando me recomendaste irme contigo a Alicante a despejarme un poco? —Asentí—. Vente. En nada es mi cumpleaños y de todas formas ibas a venir, así que adelanta un poco el viaje y deja que te mimemos.

Sopesé sus palabras y, aunque el concepto «mimar» no iba del todo conmigo, quise hacerlo. Quise irme, poner distancia y verlo todo desde otra perspectiva.

Sonreí, y ella imitó mi gesto.

—Solo si me prometes que no vais a pasaros el día haciéndoos arrumacos cursis.

—Te quiero, Leo —su respuesta evasiva me hizo reír—. Te esperamos para cenar. Ya verás cómo ver *Titanic* y comer helado acompañado mejora bastante la terapia.

Cuando colgué me sentí algo menos desgraciado, aunque igual de abatido.

CAPÍTULO 14

Llegué a Costa Serena esa misma tarde con una pequeña maleta y sin saber dónde iba a dormir, sin embargo, no me hizo falta devanarme demasiado los sesos.

Al no recibir respuesta en la puerta de mi amiga, bordeé la casa y los encontré a todos en el jardín, preparando la larga mesa para la cena.

—¡Leo! —dijo una entusiasmada Alicia, que corrió a abrazarme.

—Hola, Ali.

—¿Cómo estás? —Se separó de mí unos centímetros y me observó con preocupación y los ojos vidriosos.

Asentí en respuesta.

—Sube y deja el equipaje. —Fue el saludo que recibí de Fede, el cuñado de mi amiga, a la vez que me daba un par de palmadas en el hombro—. Te hemos preparado el dormitorio de Bruno.

—No hacía falta.

—Sube —repitió—. Él está encantado de compartir habitación con su hermano Guille.

—Oh, sí. Suuuperencantado —alegó el aludido, recibiendo una colleja cariñosa de su padre—. Auch.

—Gracias, tío. Ahora vuelvo y os doy besos a todos.

Alicia me siguió escaleras arriba agarrada de mi brazo.

—Te podrías haber quedado en mi apartamento.

—Ni de coña.

Ella me miró frunciendo el ceño y elevé las cejas con obviedad.

La idea de ocupar el sofá de mi amiga como en otras ocasiones, teniéndolos a ellos a pocos metros de distancia compartiendo cama, no me atraía en absoluto.

—Eres tonto.

—Seguramente —admití—. ¿Cómo van los preparativos de tu fiesta de cumpleaños? Treinta no se cumplen todos los días.

Mi amiga me explicó con pelos y señales todo lo que había orquestado para el próximo evento, y me dejé envolver por la calidez de su voz.

Y aquella fue la tónica durante esos días, pues permití que aquella familia con la que no compartía sangre, pero sí un vínculo inquebrantable, se ocupase de cargar con parte del peso que oprimía mis hombros.

Sintiéndome algo más ligero, decidí que no le daría vueltas a lo que había dejado en Alicante hasta no sentirme preparado y tan solo me dejé llevar.

—¿Qué le has comprado? —le preguntó seis días después Fede al novio de mi amiga, en medio de su fiesta de cumpleaños. Al ver que este no contestaba, soltó una risotada—. Te tiene sorbido el cerebro, ¿eh?

—Y otras cosas —añadí con sorna.

—A vosotros os lo voy a contar —rebatí el aludido sin dejar de mirar a su chica, que soplaba la vela de su tarta sin perder el contacto visual con él.

El brillo en los ojos de Adriel me provocó cierta envidia y no perdí la oportunidad de picarlo.

—Conociéndoos, seguro que le has comprado algo cursi y tierno. ¿Un puzle con vuestra foto besándoos? ¿Una espátula con forma de corazón y los nombres de los dos grabados en una

filigrana con la sangre de ambos? ¿Un bebé de unicornio?

Fede se rio ante mis ocurrencias y, por primera vez, apreció que no debía esforzarme por ser yo mismo; que el Leo de siempre volvía a salir a flote, reemplazando al ser apagado en el que me había convertido en los últimos tiempos.

En un momento dado me retiré del grupo y me ubiqué tras un arbusto, buscando algo de intimidad. Miré el móvil, debatiéndome entre dar el siguiente paso o no.

—¡Ay, jopé! ¡Qué susto! —soltó Alana, la sobrina mayor de Alicia, cuando se topó conmigo.

—¿A dónde ibas?

—A ningún sitio —se apresuró a contestar—. ¿Qué haces aquí?

—Nada.

Nos observamos durante un momento, y ella terminó desviando la vista, buscando algo en la lejanía. Cuando lo encontró sus ojos se movieron en un gesto forzado.

Seguí la dirección de su mirada y sonreí al reparar en cómo un chico se escondía tras el coche familiar y le hacía señas con las manos.

—Yo no diré nada si tú te encargas de decirle a tu tía en una hora que la quiero y que me he tenido que marchar. Lo de «en una hora» es crucial —recalcué.

—¿Te vas? —Asentí, y ella imitó mi gesto. Nos mantuvimos en silencio un poco más—. Él solo es un amigo.

—Recuerda que yo también he tenido quince años, Alana.

Las mejillas de la muchacha se tiñeron de rojo, aunque no rompió el contacto visual conmigo.

—¿Y aún te acuerdas? —bromeó.

Sonreí. No me preocupó guardarle aquel secreto, era la chiquilla más responsable que había conocido jamás y sabía que no cometería ninguna locura de la que luego pudiera lamentarse o eso creía.

No pude decir lo mismo de mí.

—Vete antes de que me arrepienta, anda.

Ella soltó una risita y me dio un beso en la mejilla. Se fue con tranquilidad mal disimulada y se perdió de mi vista cuando bordeó el coche.

Suspiré y me escabullí escaleras arriba. Recogí mis cosas, las metí en el maletero y me marché sin levantar sospechas. Había elegido un buen momento, ya que la mayoría se entretenía en ayudar a Alicia a encontrar una serie de pistas esparcidas por el jardín.

Me quedaba menos de una hora para llegar a Alicante cuando me armé de valor y decidí mi siguiente paso, sin embargo, Leire se me adelantó cuando su nombre apareció en la pantalla del navegador.

Cogí aire y descolgué.

—Hola. Iba a llamarte ahora mismo.

Pero el inicio de la sonrisa que comenzaba a formarse en mi boca murió cuando escuché la desesperación de su voz.

CAPÍTULO 15

El trayecto que me quedaba para llegar a Alicante me llevó menos que en ninguna otra ocasión. Seguro de que haber sobrepasado el límite de velocidad de forma constante había tenido mucho que ver con aquel resultado.

Cuando aparqué en la calle de Leire, y me dirigí a su bloque, los nervios atenazaban mi estómago y empeoró aún más cuando un policía me interceptó en la entrada, aunque no me dio tiempo a presentarme, pues la voz de ella llegó hasta mí.

—Leo...

Su figura apareció tras el tipo uniformado y prácticamente se abalanzó sobre mi cuerpo. Yo no pude más que envolverla entre mis brazos mientras ella lloraba desconsolada.

Nuestro espectador se retiró unos centímetros, concediéndonos algo de intimidad. Fue entonces cuando le besé el pelo y la separé lo justo para poder establecer contacto visual. Leire intentó calmarse y dirigió sus ojos enrojecidos hacia mí.

Nunca la había visto tan rota.

—¿Se sabe algo?

Ella negó con la cabeza.

—Están hablando con mi madre ahora —aclaró—. Han estado haciéndome muchas preguntas.

—Va a aparecer —le dije convencido—. César va a aparecer, ¿me oyes?

Asentí, y ella volvió a refugiarse entre mis brazos. La apreté contra mi cuerpo cuando se estremeció.

Pese a la horrible situación, me sentí reconfortado porque buscara mi consuelo y hubiese recurrido a mí nada más descubrir que su hijo había desaparecido.

César se encontraba bajo el cuidado de su abuela materna cuando sucedió lo impensable. Alfonso, el padre del niño, había llegado mostrándose gentil y amable, aunque eso cambió radicalmente en el momento en el que ella se negó a dejarle ver a su nieto y lo invitó a volver cuando estuviera su hija en casa.

Él, enfurecido, la empujó y se llevó a César con él.

Ante el alboroto, un vecino salió al rellano y vio a la señora aturdida en el suelo. Cuando la pobre mujer volvió en sí, llamó a Leire en medio de un ataque de pánico.

A duras penas me mantenía sereno, me podían las ganas de buscar al tipo y partirle la cara, pese a no haber llegado nunca a las manos con nadie antes. Sin embargo, intentaba infundirle calma, tal y como había hecho el padre de Alicia conmigo.

Antonio, al que llamé tras colgar a Leire para exponerle la situación, se mostró sereno y me explicó cómo procederían sus compañeros. Él, como miembro retirado del cuerpo de Policía, me narró los pasos que darían sus colegas y su tono calmado me había transmitido una seguridad que quise infundirle a Leire con mis palabras.

Los agentes de la autoridad acudieron al domicilio de Leire, le tomaron declaración a ella, al vecino y a la madre, y a esta última le recomendaron que pasase por urgencias para que le hiciesen un parte de lesiones y así poderlo aportar a la denuncia formal que debía presentar en comisaría.

Recopilaron toda la información relevante, le pidieron el documento que acreditaba que poseía la custodia total del niño y se pusieron en marcha activando su búsqueda inmediata.

Llegó un momento en el que nos quedamos a solas. Sus padres se marcharon de camino al hospital, y la Policía acababa de salir en dirección a la vivienda de Alfonso tras no haber tenido éxito en la llamada que le realizaron.

Habían pasado unos minutos, y yo ya tenía la sensación de llevar allí encerrado toda una vida.

Necesitaba hacer algo, sentía que no podía quedarme de brazos cruzados, tan solo esperando. La incertidumbre me estaba matando, pero me dije que yo no importaba en aquel momento, solo lo hacían Leire y su hijo.

Me acerqué a ella y coloqué ambas manos en su cintura. Con la mirada perdida se limpió un par de lágrimas.

—Voy a ir. —La miré con el ceño fruncido—. A casa de Alfonso, voy a ir.

—La policía ha recomendado que haya alguien aquí.

—Él no va a venir a devolverme al niño, Leo. Quiero ir. Necesito estar allí y ser la primera persona que abraza a César.

Asentí con firmeza.

—Vamos.

Ella me miró y su barbilla tembló.

Nos mantuvimos en silencio un par de segundos sin dejar de observarnos.

—Lo siento —dijo con pesar—. Siento haberme comportado como una imbécil y haberte acusado de algo que no merecías. Eres todo lo opuesto a él.

—Eso ahora no importa.

Moví la cabeza de un lado a otro y la atraje hacia mí con uno de mis brazos. Cerré los ojos cuando sentí las manos de Leire unirse en mi espalda.

Me besó el pecho antes de inclinar la cabeza hacia arriba.

—Vamos a por César.

Asentí, y ella imitó mi gesto. Se separó, agarró su bolso y las llaves de su coche, y me las tendió mientras bajábamos en el ascensor.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —le dije una vez sentado frente al volante. Leire movió la cabeza en un gesto afirmativo—. ¿Es la primera vez que hace algo así?

—Sí.

—Y ¿qué crees que ha podido cambiar para que haya llegado a esto? —La mirada que ella me dedicó me hizo fruncir el ceño—. ¿Qué?

—Tú has ocurrido, Leo. Tú.

CAPÍTULO 16

La siguiente hora fue una de las más desagradables de mi vida.

Alfonso se negaba a abrirle la puerta a la Policía y al final tuvieron que irrumpir en la casa a la fuerza.

Afortunadamente, César estaba bien.

Leire se había negado a pensar lo contrario, pues en el fondo su ex jamás le había hecho daño físico y nunca tuvo una mala actitud con el niño, sin embargo, yo no las tenía todas conmigo después del arrebato con su madre.

Además, que Leire hubiese aparecido allí conmigo había dificultado las cosas.

Durante el breve trayecto en coche ella me había explicado que días atrás, mientras Alfonso estaba en el piso, César había soltado un comentario inocente sobre mí, y Leire tuvo que aclararle a su ex a quién se refería el niño. No dio demasiados detalles, aunque el tipo no era tonto, ató cabos y dedujo que manteníamos una relación sentimental.

Eso, sumado a su mente retorcida, fue suficiente para volverlo loco.

Y es que hacerle daño a Leire con lo que más quería en el mundo era un acto despreciable, pero por desgracia no era la primera vez que utilizaba al niño como herramienta para su beneficio.

La Policía consiguió recuperar a César, por supuesto.

Cuando uno de ellos lo sacó de la vivienda en brazos, Leire corrió hacia él y lo aferró como si le fuese la vida en ello.

Le iba la vida en ello, de hecho.

El mismo agente que tomó declaración en su casa nos invitó a retirarnos a un lado y nos explicó que Alfonso iba a ser detenido y haría noche en los calabozos.

—Mañana pasará a disposición judicial, y el juez impondrá una orden de alejamiento para que no pueda acercarse a usted ni al niño —añadió.

Aquella información provocó que el aire entrase con un poco más de facilidad en mis pulmones, aunque cuando sacaron esposado a Alfonso de la vivienda y nos vio allí, al lado del vehículo de Leire, no dudó en soltar más de un insulto dirigido tanto a su exmujer como a mí.

Leire se giró y le dio la espalda, tapando con su cuerpo y su mano los oídos del niño, a la vez que le murmuraba palabras cariñosas, intentando mantenerlo alejado de aquella pesadilla.

Con el brazo sobre su hombro, no lo perdí de vista hasta que lo metieron en el coche patrulla.

Solté el aire cuando por fin desapareció calle abajo.

Me giré y observé a César, que se aferraba a su madre con los ojos cerrados.

—Ey, colega —lo llamé, y él abrió los párpados. Me observó con algo de desconfianza y eso oprimió mi corazón—. Tengo una cosa para ti.

Leire me miró con curiosidad y la expresión en los ojos del chiquillo se asemejó increíblemente a la de su madre.

Saqué su osito del bolsillo trasero de mi pantalón y sus ojos se iluminaron.

—¡Pipo! —exclamó aferrándolo con entusiasmo.

César se abrazó con fuerza al peluche, y yo sonreí. Cuando me fijé en Leire, ella me escrutaba con una mirada de agradecimiento.

Le guiñé un ojo a la vez que le sonreía.

Nos marchamos de allí y conduje en silencio. Leire se había sentado en la parte trasera y

aferraba la manita de su hijo sin perderlo de vista. Al llegar a su casa, me presté a ayudarla a llevarlo arriba, ya que se había quedado dormido.

A la altura el salón, ella extendió los brazos hacia mí, y yo le tendí el cuerpo laxo del pequeño. Capté la indirecta, por lo que me dispuse a marcharme para que pudieran descansar, sin embargo, la voz contenida de Leire me detuvo justo antes de cruzar el umbral de la puerta.

—¡Leo!

Me giré hacia ella y la observé mientras se acercaba con paso decidido.

César aún dormía entre sus brazos.

—¿Qué ocu...?

Pero no pude terminar mi pregunta, ya que unió su boca a la mía.

Me quedé algo inmóvil al principio, aunque, pasada la sorpresa inicial, agarré su cintura con una mano y volqué en aquel beso todo lo que llevaba días reteniendo.

La frustración. El deseo. La angustia de las últimas horas. El amor que sentía por aquella mujer. El miedo a no estar a la altura. El pavor de haber podido perderlo todo...

—Mami, qué asco.

Sentí la respiración alterada de Leire contra mi boca, y ambos nos echamos a reír, uniendo nuestras frentes en un gesto cómplice.

—Me marchó —anuncié en un susurro.

—Vale.

—Lláname si necesitas algo.

Ella se separó de mí y asintió.

Revolví el pelo de César, que nos observaba atento, y besé la frente de Leire justo antes de salir por la puerta.

—¡Leo! —me llamó una vez más y me giré tras apretar el botón del ascensor—. ¿Me perdonas?

Su expresión me conmovió.

En aquel momento fui yo el que me limité a asentir y, justo antes de entrar en el cubículo que me separaría de ella, le guiñé un ojo, y sus labios se curvaron en una deliciosa sonrisa.

CAPÍTULO 17

Mi móvil echaba humo cuando llegué a mi casa. Lo había tenido en silencio y, al desbloquear la pantalla, la parte superior de este estaba llena de notificaciones como nunca antes.

La mayoría eran llamadas perdidas y mensajes de Alicia, aunque prácticamente la familia al completo había intentado contactar conmigo. Si no lo hicieron todos era porque algunos de los niños aún no tenían teléfono.

Necesitaba una ducha y comer algo, sin embargo, marqué el número de mi amiga y me dejé caer en el sofá.

—¿Qué ha pasado? —chilló ella al descolgar—. ¿Ha aparecido?

No me pregunté siquiera cómo sabía lo de César, deduje que su padre los habría puesto a todos al corriente.

—Sí. —La escuché suspirar—. Ya está con Leire. Acabo de volver de dejarlos en su casa.

—¡Menos mal! Ha aparecido —dijo separándose unos centímetros del micrófono. Me mantuve en silencio y presioné mi frente—. ¿Tú cómo estás?

Encogí los hombros como si ella pudiese verme.

—Cansado. —Cogí aire—. Aterrorizado. Creo que pocas veces he estado tan acojonado en mi vida, pero tenía que mantener el tipo por Leire.

—Suéltalo.

«Suéltalo».

Una sola palabra.

Ocho letras que en solitario no significaban nada más allá que caracteres del alfabeto, pero que juntas supusieron un jodido detonante, el conjuro perfecto para que una cantidad ingente de lágrimas salieran sin previo aviso por mis ojos.

Lloré en silencio, con la cabeza echada hacia atrás y los ojos cerrados.

Alicia supo que lo estaba haciendo y se mantuvo callada, tan solo acompañándome.

Cuando me sentí capaz de hablar, me abrí a mi amiga como me hubiese gustado hacer con Leire y le expliqué todas mis mierdas, esas que no había querido contarle días atrás por no joderle su cumpleaños, y porque en el fondo era un poco gilipollas y había preferido martirizarme a mí mismo, quedándomelo todo dentro y dando por hecho que pasaría.

Fui directo a la ducha cuando colgué. Estaba exhausto y, aunque las lágrimas habían obrado maravillas en mí, sentía los ojos a punto de explotar.

No veía el momento de tirarme en la cama y dejarme ir.

Sin embargo, cuando me estaba secando, unos golpes en la puerta captaron mi atención. Me mantuve quieto, esperando escucharlos de nuevo para descartar que el sonido hubiese sido producto de mi imaginación.

Sonaron una vez más.

Me dirigí hacia la entrada envolviéndome la toalla alrededor de las caderas y observé a través de la mirilla.

La imagen distorsionada de Leire con César en brazos me hizo contener el aire.

—Hola —me dijo al abrir. Yo me mantuve en silencio, extrañado de encontrarla allí—. ¿Podemos pasar?

—Por supuesto. —Me hice a un lado y, cuando entró, cerré la puerta y me giré—. ¿Ha ocurrido algo?

Leire se apresuró a negar con la cabeza.

—No podíamos dormir —aclaró—. Teníamos un poco de miedo, ¿verdad, César?

El niño asintió con Pipo aferrado a su mano derecha y por un momento me transporté a la escena de unas horas antes, justo delante de la puerta de su exmarido.

El corazón empezó a latirme con fuerza. Aunque lo que de verdad redobló los latidos fue escucharla admitir que estaba asustada.

Aquella palabra entró en mi cuerpo como un cuchillo bien afilado, cortando todo a su paso. Era absurdo, pero mi mente no terminaba de asociar que aquella mujer fuerte y valiente fuese capaz de experimentar una sensación tan mundana.

—Tengo una cama muy grande —le dije a César—. ¿Pipo está cansado?

—Un poco —se pronunció por primera vez.

Le sonreí y miré a Leire.

—Quedaos a dormir. ¿Habéis cenado?

—Sí. —Supe que mentía, al menos en lo que respectaba a ella. No insistí.

—¿Has traído el pijama, colega? —La cabecita del niño se movió de un lado a otro, y yo abrí los ojos con entusiasmo—. ¿Has hecho alguna vez una fiesta de calzoncillos?

—No.

Observé cómo se aguantaba una sonrisa.

—¿No? —pregunté fingiendo estar horrorizado—. ¡Pues eso hay que remediarlo!

Le tendí un brazo a la vez que le hacía un gesto con la cabeza en dirección al dormitorio. Él se movió instando a su madre a que lo soltase en el suelo y, cuando esta lo hizo, él enredó su pequeña manita en la mía y me miró con los ojos muy abiertos.

—Mamá no usa calzoncillos.

Solté una breve carcajada que detuve al darme cuenta de lo serio que parecía para él aquel asunto.

—No te preocupes, yo le prestaré unos.

—Vale —asintió.

—Vale —lo imité y miré a Leire, que se mordía el labio inferior—. ¿Vamos?

Madre e hijo asintieron y los conduje a mi habitación. Entré en el baño unos segundos para terminar de secarme y, al salir, César y yo nos quedamos en ropa interior ante la mirada alucinada de Leire.

Deduje que no se había creído lo de la fiesta y rehusó la prenda que le ofrecí, limitándose a tumbarse vestida al lado de su hijo.

Este se metió entre las sábanas con su peluche aferrado a un brazo y mi muñeco coleccionable de Iron Man de 1970 en la otra.

—Cuídalo bien, ¿eh?

—Sí —respondió solemne.

—No te duermas —le dije al ver que bostezaba por tercera vez—. Voy a ir a preparar las bebidas para la fiesta.

Guiñé un ojo a Leire y salí de la habitación tras dibujar con mis labios un «descansad» que ella correspondió con el movimiento de los suyos dándome las gracias.

Encajé la puerta y me dirigí al salón, donde me tiré en el sofá.

Me acomodé, buscando la postura que me permitiese conciliar el sueño.

Pese a estar tan cansado no me estaba resultando fácil dejarme ir y eso me permitió escuchar unos sigilosos pasos atravesar la estancia un rato después.

Permanecí con los ojos cerrados y el brazo apoyado sobre mi cabeza, esperando.

Supe que estaba muy cerca porque la olí, sin embargo, no hizo nada por alertarme de su presencia. Cuando me pudo la impaciencia me moví y abrí los párpados.

Ella estaba sentada en la mesa de centro y me observaba.

—Hola.

—Hola —le respondí—. ¿Vienes a buscar tus calzoncillos?

Sonrió ante mi broma y me recoloqué, dejando unos pocos centímetros libres a mi lado. La invité con un gesto de la cabeza y alcé sugerente una ceja.

—No quepo.

—No te dejaré caer, no te preocupes.

Leire se movió y se acomodó en el reducido espacio a mi lado. Pasé un brazo por sus hombros, y ella apoyó una pierna sobre mi cuerpo, aferrándose a mí.

Besé su cabeza e inspiré el olor de su champú.

—Mañana tendrás que explicarle por qué no continuaste la fiesta de los calzoncillos.

—¿Ha tardado mucho en dormirse?

Negó.

—En cuanto has salido por la puerta ha caído.

Reí bajito, y ambos suspiramos a la par, manteniéndonos en silencio.

—¿Estás bien? —le pregunté.

—Ahora sí. He pasado mucho miedo.

—Me lo imagino, aunque has mantenido muy bien el tipo.

—Años de experiencia de esconderme tras esta fachada, supongo —se excusó—. Gracias por venir sin dudarlo.

—No tienes que dar las gracias por eso.

—Sí que tengo. —Movié la cabeza y me observó. Tan solo nos separaban unos centímetros y su olor me embriagó. Quise besarla—. Después de cómo me he comportado contigo podrías haberme mandado a la mierda.

—Jamás. En todo caso, habría utilizado el muñeco vudú que encargué con tu cara, pero mandarte a la mierda son palabras mayores.

Ella sonrió cansada.

—Mi vida es muy complicada, Leo —evidenció. Yo no respondí—. Y lo será más aún con todo lo del juicio de Alfonso.

—Tengo un lado masoca poco desarrollado, pero muy latente en mí.

—Hablo en serio.

—Y yo, jefa. —Aquella palabra actuó de catalizadora para las siguientes que pronuncié—. Aunque si esto continúa no pienso esconderme más en el trabajo. Bueno, quizá para ciertas cosas sí, no soy muy dado a tener público mientras me corro, pero...

—Leo —me detuvo.

—Dime —susurré.

—¿Puedo pedirte una cosa más?

—Sí —dije sin dudar.

—Quédate.

—¿En el sofá?

La observé extrañado. Ella cogió aire y se separó unos cuantos centímetros más, incorporándose y observándome con intensidad desde arriba.

—En nuestra vida —aclaró. La forma en la que me sonrió terminó de desarmarme, y ella debió de notarlo—. Te quiero como nunca antes he querido a nadie, Leonardo. Y es absurdo,

porque eres todo lo contrario a mí. Me sacas de quicio, me haces reír cuando quiero estamparte algo contra la cabeza y, a veces, me arrepiento de haberte invitado a cenar aquella primera noche. Pero, aun con todo eso, no puedo evitar quererte de esta manera.

Sí. No cabía duda.

Estaba total y absolutamente enamorado de esa mujer, y por supuesto que quería quedarme toda una vida junto a ellos, pese a todas aquellas palabras contra mí.

—Solo lo haré si me prometes que me regalarás una sonrisa cada día.

Leire lo hizo. Su rostro se iluminó con el gesto y se mordió el labio con picardía.

—Es lo mínimo que se despacha, ¿no?

Solté una carcajada y sacié mis ganas, besándola con intensidad.

—Te enseñaré a soltarte la melena, no te preocupes —bromeé—. Yo también te quiero, mi preciosa y sensata Mona Lisa.

Le hice el amor en aquel sofá.

Con devoción, sin prisas y también en silencio, pues no quisimos perturbar el sueño de cierto niño que no tardaría demasiado en llamarme «papi Leo» y que me derretiría con cada uno de sus logros.

EPÍLOGO

Leire

El día que conocí a Leo todas mis convicciones saltaron por los aires.

Mucho tiempo atrás me había autoimpuesto la regla de no mezclar mi trabajo con mi vida personal, pues eran dos parcelas totalmente diferentes y no iba a permitir que mi carrera, esa por la que tanto había luchado, se viese afectada por problemas de cama.

Durante años, todos los que llevaba trabajando en el museo, la había cumplido a rajatabla.

No solo eso, sino que ni siquiera podía considerar amigos a mis compañeros.

Colegas sí, pero nada más allá de eso.

De hecho, era consciente de que muchos de ellos me temían, sin embargo, no me importaba en absoluto. Prefería provocarles miedo a que no me tomaran en serio.

Pero un día llegó él, y mandó al cuerno todas y cada una de mis normas.

Cuando lo vi por primera vez mi mente lo comparó de forma automática con una estatua griega.

Su físico no tuvo nada que ver con ese parecido, pues, a pesar de que era alto y su cuerpo estaba bien proporcionado, no parecían apreciarse demasiados músculos bajo su ropa.

No obstante, su cara parecía haber sido esculpida en mármol, inspirándose en los dioses del Olimpo con la única finalidad de exhibirlo en un templo.

Su rostro tenía rasgos angulares y simétricos, bien definidos. Mandíbula marcada y cubierta de una barba cuidada que acentuaba su masculinidad. Nariz recta y elegante. Labios delgados, pero firmes, y poseedor de una frente amplia y alta que transmitía la sensación de estar ante una persona con una inteligencia muy aguda.

En general, su cara tenía un aspecto atemporal y clásico, aunque su largo pelo pelirrojo en contraste con su piel clara, y esos ojos tan azules que parecían irreales, le daban un aire propio y llamativo.

Sus ojos.

Creo que fueron los principales culpables de mi rendición.

Aquellas dos esferas cerúleas brillaban con una intensidad asombrosa cuando se reía.

Y Leo se reía. Mucho. Continuamente.

Era un tipo amistoso y divertido, su aura invitaba a entablar una conversación con él, y en sus labios siempre solía estar dibujada una sonrisa.

Todo lo contrario a mí.

Rendirme a aquella tensión sexual que nos rodeó desde el primer momento fue fácil, pese a que abrirme a él no resultó tan sencillo.

Mi pasado, mis traumas y algunas heridas que no habían cerrado del todo se cruzaron en nuestra realidad, y estuve a punto de perderlo.

Sin embargo, él me enseñó que no hay que recorrer determinadas sendas solos.

Y no lo decía por decir, pues, aunque jamás lo hubiese imaginado por su forma de ser y de tomarse la vida, él también tenía un pasado traumático.

Admito que me sorprendió cuando me contó que perdió a su hermano años atrás y que no lo supo afrontar demasiado bien. Y eso me dejó claro que él también había tenido que aprender a

levantarse una vez que estuvo en el suelo.

Desde entonces, adoraba más aún su forma de ser, aun así, me afané por no demostrarle mi debilidad hasta tiempo después.

Aún recuerdo su cara cuando le dije que estaba loca por él y le pedí que se quedase en nuestras vidas, tumbada en aquel sofá.

Hacía ya dos años de aquello y jamás olvidaría su expresión cuando, a la mañana siguiente, le pedí un mechero y quemé sobre el fregadero la lista de cosas que escribí cuando iniciamos nuestra relación.

La risa de César me trajo al presente y me di cuenta de que Leo me miraba con una ceja arqueada.

—¿Has escuchado algo de lo que te he dicho? —preguntó divertido.

Alicia se aguantó una sonrisa a la vez que yo negaba con la cabeza.

—Hablas mucho.

Él soltó el aire por la nariz.

—Ten novia para esto —se quejó a su amiga en tono divertido.

Sonreí y desvié la vista hacia el jardín, donde César jugaba con algunos de los sobrinos más pequeños de Alicia. Era la tercera vez que viajábamos a Costa Serena en los últimos seis meses.

Aquellas personas nos habían acogido a mi hijo y a mí como dos miembros más de la familia. Adoraba la forma en la que César se sentía querido por todos ellos y cómo Leo era un poco más él mismo allí.

Lo miré mientras reía con Alicia.

—Compremos una casa aquí.

Mis palabras detuvieron su carcajada y varias cabezas se giraron hacia mí. Tan solo tardaron unos segundos en levantarse y dejarnos a solas.

Leo me observó muy serio.

—¿Has dicho lo que creo que has dicho? ¿Quieres que compremos una casa aquí? —Asentí—. ¿En Costa Serena?

—Sí.

Él se levantó y se acercó a mi lado, poniendo una mano en mi frente.

Yo reí y negué con la cabeza.

—¿Te ha dado una insolación?

—No.

—¿Las gambas estaban en mal estado?

—No lo creo.

Sus cejas se juntaron y el amago de una sonrisa se asomó a sus labios.

—Lo dices en serio.

—Lo digo en serio —repetí.

—¿Quieres mudarte?

Negué. César tenía su colegio en Alicante. Mis padres también estaban allí y nuestro trabajo, en el museo.

—No de forma permanente, pero podemos venir en vacaciones y así tendríamos un lugar fijo y nuestro donde quedarnos cada vez que bajemos.

Leo asintió sin pensarlo.

—Vale.

—Vale —lo imité.

Él me besó escueto en los labios y se separó tan rápido como llegó.

—Sé que hemos hablado de esto y está bastante zanjado, pero, como parece ser el día de las sorpresas inesperadas, sería el momento idóneo para decirme si has cambiado de idea con respecto a tener otro hijo. Porque ya tengo cuarenta y no sé yo si estoy para muchos trotes infantiles.

Solté una carcajada.

—No —dije rotunda—. Con César estoy bien.

—Estamos bien —rectificó.

Asentí y dejé que me besase.

Escuchamos los vítores de varios miembros de la familia y me separé conteniendo una sonrisa.

—Mamá, ¡qué asco! —se quejó mi hijo, que pasaba por nuestro lado.

—Mis padres hacen eso tooodo el tiempo —le dijo Fabiola, una de las sobrinas de Alicia que tenía la misma edad que él.

—Te quiero, jefa —me dijo Leo, ignorando a los niños.

—Y yo a ti, nuevo jefe creativo.

Y, pese a las quejas de mi pequeño, le sonreí y lo besé con todas mis ganas una vez más.



Aquí puedes meterte un poquito más en mi cabeza y hacerte una idea de lo que me ha inspirado a la hora de crear esta historia.

AGRADECIMIENTOS

En esta ocasión voy a ser breve, al igual que tendría que haberlo sido en este «relato», que al final se ha convertido en una novela corta.

En primer lugar gracias a mis increíbles lectoras, porque ellas y solo ellas han sido las causantes de que me haya pasado veinte días aporreando las teclas como una demente con la única finalidad de regalarles la historia de Leo. Sé que os cautivó porque a mí también me enamoró perdidamente, aunque al dejar entrever que su final sería feliz con Leire no llegué a imaginar que un noventa por ciento de las que me disteis vuestra opinión coincidirais en que necesitabais la historia de Leo.

Bien, aquí está. Espero haber cumplido con vuestras expectativas. Yo he disfrutado como una enana poniéndome en su piel.

Y, por último, gracias a mis chicas. Las que han leído cada capítulo conforme iba saliendo del horno. Lucía Herrero y Jessica Lozano, mis increíbles compañeras de ese maravilloso grupo de Mastermind que surgió tras el Congreso de Novela Romántica, que sufren mis madrugones y que han leído entusiasmadas cada palabra. María Ferreira, mi inmejorable hermana y mayor fan que podría haberme imaginado. Me encantan sus «corrige esto» casi tanto como sus «está perfecto». Y, para finalizar, a Paula Menéndez, mi Alicia particular. Un ser de luz al que no dudé en incluir en este grupo por cómo vivió la historia de *El único fruto del amor es la manzana*.

Gracias y nos vemos pronto.

BIOGRAFÍA



Macarena Ferreira nació en un frío mes de diciembre de 1985 en Sevilla (España) y es la pequeña de su casa, aunque casi siempre ha sido la primera en todo. Felizmente casada con su marido y su hipoteca (con esta última no tan felizmente), vive en un pueblo del Aljarafe sevillano acompañada de su marido, sus mascotas y sus dos hijos, Paola y Álvaro, los grandes motivos de sus sonrisas cada día.

Independiente, con gran sentido del humor, metódica y algo impulsiva, estudió Gestión Administrativa y Marketing Comercial, ejerciendo en ambas ramas desde que comenzó su carrera laboral.

Lectora empedernida y, durante muchos años, bloguera y reseñadora, utilizó su blog para dar a conocer su faceta de escritora compartiendo uno de sus relatos, lo que la llevó, gracias a los mensajes que recibió de apoyo y ánimo, a continuar escribiendo y terminar publicando.

Su primera novela: *Descubriendo a Valentina* (mayo 2015), fue autopublicada y reeditada posteriormente con la editorial Planeta en marzo del año siguiente. Bajo el mismo sello se editó *Conquistando a Rebeca* (septiembre 2018), secuela de esta primera, y *No dejes para mañana las ganas que me tienes hoy*, novela autoconclusiva que salió al mercado en mayo de 2019.

En junio del año 2020 vio la luz su publicación más especial, un cuento infantil que creó conjuntamente con su hija: *El cuento de la buena pipa*.

Diario de cuarentena: desvaríos de una madre desquiciada, se puso a la venta en octubre de 2020, un diario personal cargado de ilustraciones inéditas donde narra sus peripecias, en su habitual tono cómico, durante los momentos que vivió con su familia en el confinamiento mundial debido al Covid-19.

El único fruto del amor es la manzana, novela romántica contemporánea, se publicó en diciembre del 2022, y es la primera entrega de la serie *Costa Serena*. *Regálame tu sonrisa, Mona*

Lisa, novela corta perteneciente a esta misma serie, es su última publicación, aunque en su cabeza ya existen otras historias que comienzan a correr por sus dedos, prometiendo volver pronto a hacernos reír y disfrutar.

Descubre la última hora de la autora en sus redes sociales:



@macaferreirab



Maca Ferreira - Autora



www.macaferreira.com



«Una novela romántica actual, dulce y divertida, que nos muestra cómo el destino puede jugar con el presente, utilizando el pasado a su favor».

Dicen que el primer amor nunca se olvida.

¡Qué natural fue descubrirlo a tu lado! Garabatear nuestras iniciales suspirando y sonriendo. Desatender en clase deseando un nuevo roce con tus manos. Qué bonito mirarte con esos ojos inocentes, sentirte con mis labios ignorantes calmando nuestra sed adolescente. Crecer. Reír. Equivocarnos...

Dicen que el primer amor nunca se olvida.

Sé que tienen razón, así como tampoco se borran el miedo y las inseguridades que empañan los recuerdos de algo tan puro y especial. Relegarte al olvido e intentar acallar los errores del pasado en otros labios que no eran los tuyos, que no despertaban a los míos. Reír a medias. Vivir a medias. Volver a equivocarme...

Hasta que te volví a ver.

Dicen que el primer amor nunca se olvida, y también que el único fruto del amor... es la manzana.

[1] **The Brady Bunch** (*La tribu de los Brady*), es una serie cómica de televisión estadounidense que se comenzó a emitir en España en el año 1971, en la que el argumento gira en torno a la convivencia de un matrimonio, sus hijos y el ama de llaves.

[2] **Daenerys Targaryen** es un personaje ficticio de la serie de novelas de fantasía épica *Canción de hielo y fuego*, del escritor estadounidense George R. R. Martin. En la adaptación televisiva *Juego de Tronos*, es interpretada por la actriz inglesa Emilia Clarke.